

PQ6575

.T7

1927

JOSÉ ZORRILLA

---

# raidor, inconfeso y mártir

DRAMA HISTÓRICO

en tres actos y en verso

*escrito expresamente*

PARA EL BENEFICIO DE DOÑA MATILDE GIL

---

NOVENA EDICIÓN

---

M A D R I D

CALLE DE LOS ESPAÑOLES, CALLE DEL PRADO, 24

1927

The Library  
of the  
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

---

PQ6575  
.T7  
1927



This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

[illegible]





TRAIDOR INCONFESO Y MARTIR

# REPARTO

## PERSONAJES

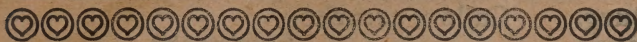
## ACTORES

DOÑA AURORA .....	Doña M. Díez.
GABRIEL ESPINOSA.....	Don J. Romea.
DON RODRIGO DE SANTILLANA.	
alcalde de casa y corte.....	A. Barroso.
DON CESAR DE SANTILLANA, ca-	
pitán de jinetes del primer tercio de	
Flandes.....	F. Romea.
ARBUES.....	P. Sobrado.
BURGOA Y NAO D'ANDRADE.....	
EL MARQUES DE TAVIRA.....	
EL DOCTOR N.....	
UN ESCRIBANO.....	
UN ALGUACIL.....	
UN CRIADO DE BURGOA.....	

*.Alguaciles, soldados y criados*

*La escena en los dos primeros actos, pasa en una posada de Valladolid, y el tercero en Medina del Campo, en el año 1594 de N. S. J. C.*





# ACTO PRIMERO

*Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.*

## ESCENA PRIMERA

*BURGOA, que aparece; un CRIADO, que sale por el fondo*

Criado      Señor amo.  
Burg.                              ¿Qué hay?  
Criado                              Un hombre.  
Burg.              ¿Qué quiere?  
Criado                              Veros.  
Burg.                              Que pase.  
Criado      Entrad aquí, seor hidalgo.

## ESCENA II

*BURGOA y el MARQUES, embozado*

Marq.      Buenas noches.  
Burg.                              Dios le guarde.  
Marq.      ¿Eres tú el huésped?  
Burg.                              Yo soy.  
Marq.      ¿Luis Burgoa?  
Burg.                              Y Nao d'Andrade.  
Marq.      ¿Portugués?  
Burg.                              Lo canta el nombre:  
De alfontes en el Algarbe.  
Marq.      Paisanos somos.  
Burg.                              ¿Sois vos  
también?...  
Marq.                              Escúchame y cállate.

**Burg.**  
**Marq.**

Callo y escucho.

Esta noche  
vendrá a pedirte hospedaje  
en esta posada un hombre,  
cuyas señas voy a darte  
para que no las equivoques.  
Edad, cuarenta años: traje  
negro, cabello rapado,  
barba crecida, semblante  
pálido, mirada de águila,  
sonrisa triste, andar grave.

**Burg.**

Con tantas señas, señor,  
que le equivoque no es fácil.

**Marq.**

Aún faltan mas; una dama  
en su compañía trae  
de apenas diecisiete años,  
y haciendo veces de paje,  
viene sirviéndoles a ambos  
un veterano de Flandes,  
en quien, por más que se afana  
por tosco labriego en darse,  
se revelan a la legua  
las costumbres militares.  
Lo mismo sea sentirles  
a tus puertas acercarse,  
con luz y sombrero en mano  
saldrás hasta los umbrales:  
mandarás de sus caballos  
cuidar, y sus equipajes  
subir a los aposentos  
mejores que puedas darles.  
Les servirás a su antojo  
los más sabrosos manjares,  
y los vinos más añejos,  
y entretanto que ocuparen  
cuarto en tu posada, en ella  
no recibirás a nadie.  
Yo toda entera la alquilo  
para ellos. Ahí va parte  
del gasto que hacerte puedan;  
cuando esa suma se acabe,  
te rellenaré esa bolsa:



lo que sobre, para gajes  
del huésped y de los mozos.  
Adiós y silencio, Andrade.

**Burg.** Un momento, caballero.  
¿Y si ese hombre preguntare  
quién paga su gasto?

**Marq.** Nada  
digas.

**Burg.** ¿Y si se obstinase  
en saberlo?

**Marq.** Guardarás  
silencio, y la cuenta al darme,  
tu silencio y sus porfias  
pondrás como cantidades  
en guarismos, y yo sólo  
veré las sumas totales.  
Pero ten cuenta, Burgoa:  
porque el oro que aquí ganes  
crecerá con tu prudencia  
y te se irá con tu sangre;  
porque indiscreciones de oro  
con hierro es bien que se atajen,  
y fortuna que se canta  
siempre se la lleva el aire.

**Burg.** Señor...

**Marq.** Adiós, que no quiero  
que aquí si llegan me hallen (*Vase*)

### ESCENA III

*BURGOA; después DON CESAR*

**Burg.** ¡Aventura más extraña!  
alguna apuesta, algún lance  
de amor: pero ¿qué me importa  
a mí? Lo que es indudable  
es que el bolsillo está lleno  
de doblillas; ¿para gajes  
las que sobren? ¡Bah! lo menos  
ciento por veinte. Adelante.  
Buenas noches (*Saliendo*)

**César**  
**Burg.** ¿Qué se ofrece?

César

Hablar con el dueño.

Burg.

Habladle.

César

¿Eres tú?

Burg.

Yo mismo.

César

¿Estamos solos?

Burg.

Sí.

César

Atento estame.

Tres personas a tu puerta  
vendrán muy pronto a apearse;  
un hombre galán, de pálido  
rostro y de noble talante,  
una dama tan hermosa  
como pintan a los ángeles,  
y un escudero que tiene  
mezcla de asistente y paje.  
Dale lo mejor que tengas,  
como a príncipes regálales:  
lo que no poseas, cómpralo,  
y en el precio no repares.  
Ahí tienes doscientos pesos  
en oro: cuando los gastes  
en su servicio, me pides  
más, y si sobran, por gajes  
te los embolsas, con céros  
sumas y cuentas cabales.  
Caballero, perdonad:  
pero habéis llegado tarde.  
No te entiendo.

Burg.

César

Burg.

Un embozado

que salía cuando entrabais  
os ha ganado la mano;  
y para esos personajes  
por quien os interesáis,  
con palabras semejantes  
a las vuestras ha alquilado  
y pagado el hospedaje  
de mi casa con el oro  
de este bolsillo: miradle.  
¿Y quién es ese embozado?  
No le conozco.

César

Burg.

César

¿Su traje,



su porte, ni sus palabras  
indicios no pueden darte  
de quién sea?

**Burg.**

No, señor  
militar: ni su semblante  
vi jamás, ni haber oído  
recuerdo en ninguna parte  
su voz.

**César**

¿Es joven o viejo?

**Burg.**

¿No le habéis visto?

**Cesar**

En la calle

estaba ya cuando yo  
llegaba a tu puerta, y casi  
no puse atención en él.

**Burg.**

Es un señor respetable,  
de barba gris, noble y rico.

**César**

¿Noble y rico? ¿De qué sabes  
que lo es si no le conoces?

**Burg.**

Dan en él lo muy bastante  
a conocer la riqueza,  
su oro y modo de darle,  
y la nobleza, además,  
de su tono y de sus frases,  
el aroma que se exhala  
de su valona y sus guantes.

**César**

¡Pues, señor, cómo ha de ser!  
dijiste bien, llego tarde.  
Réstame, pues, solamente  
mis ofertas reiterarte:  
emplea ese oro a gusto  
de quien lo da, y lo que falte  
yo lo abono: y a otra cosa,  
que el tiempo vuela. Melquiades,  
acomoda los caballos  
en la cuadra.

**Burg.**

Dispensadme,  
capitán; no puede ser.

**César**

¿Por qué?

**Burg.**

Por que no hay vacante.  
un solo pesebre en ella.

**César**

Pues en ese caso dame  
un cuarto a mí y una cama,

y que se vaya Melquiades  
con los caballos.

**Burg.** Tampoco  
puedT servirlos.

**César** ¡Bergantel  
¿intentas burlar conmigo?

**Burg.** ¡Dios me libre de burlarme  
do tan gallardo mancebo!  
Mas tengo orden terminante  
de aquel embozado incógnito  
de no recibir a nadie  
por esta noche en mi casa,  
más que a ellos. Excusadme,  
pues, capitán.

**César** (*Se sienta*) Pues entonces  
dame un bocado que el hambre  
me satisfaga y un trago  
que me remoje las fauces.

**Burg.** Señor, todo está comprado,  
y nos cansamos en balde.  
Pues que por esos viajeros  
os interesáis, dejadles  
libre la casa, y no hagáis  
que yo a mi palabra falte.

**Cesar** El caso es que a mí me importa  
en esta casa quedarme  
por esta noche, y es fuerza  
que me quede

**Burg.** Pues es grave  
compromiso me ponéis  
si os quedáis, y por mi parte  
por cuantos medios me ocurran  
estoy dispuesto a evitarle.

**Cesar** ¿De modo que te propones  
en la plazuela plantarme  
en una noche como esta  
con frío tal, oro y hambre?

**Burg.** Sí, señor.

**Cesar** ¿Sin más razones?

**Burg.** Os llevo dadas bastantes.

**Cesar** Pues señor, lo siento mucho;  
mas fuerza es que te se alcance,



pues no eres tonto, que cuando  
nuestro empeño semejante  
en hospedarme en tu casa,  
no vine para marcharme  
de ella otra vez despedido  
como un buhonero errante  
Pues mirad cómo ha de ser.  
Así: toma, y lee sisabes. (*Le da un papel*)  
¿Y qué es esto?

Lee.

Burg.  
César  
Burg.  
Cesar  
Burg.

(*Leyendo*) «Dará  
»Luis Burgoa Nao d'Andrade  
»alojamiento en su casa  
»número dos de la calle  
»de la Antigua, al capitán  
»del primer tercio de Flandes  
»don César de Santillana,  
»con seis jinetes.»

César

Cabales.

Burgoa, en nombre del rey  
vas a ofrecerme de balde  
lo que por oro me niegas.  
La boleta haré que os cambien  
a cualquier costa.

Burg.

César

Será

trabajo inútil: es tarde.

Burg.

No importa, tengo dineros  
y muy buenas amistades  
hoy en el Ayuntamiento.

Cesar

Pues Burgoa, no las canses  
inútilmente esta noche;  
por que a más de que es mi padre  
juez de la chancillería,  
y de casa y corte alcalde,  
tengo seis hombres  
y un escudero, incapaces  
de obedecer otras órdenes  
que las que yo quiera darles,  
que del umbral de la puerta  
no permitirán que pases.  
Conque cede a mis razones,  
que son a fe terminantes,

y dame luz, cena y cuarto,  
que con ese personaje  
misterioso; seré yo  
solamente el responsable  
de todo, en nombre del rey.  
Callo al rey.

**Burg.**  
**Cesar**

Y muy bien haces,  
que contra el rey nadie es cuerdo  
en oponerse. Melquiades,  
toma luz y desensilla  
a Ballardo: a acomodarme  
voy en algún cuarto bajo,  
para que cuando llegaren  
esos huéspedes, en casa  
ya pagada no me hallen.

**Burg.**

Capitán, pues no hay remedio,  
yo os ruego, con la más grande  
humildad, que os alojéis  
en una sala que cae  
al huerto que tengo a espalda  
de la casa.

**Cesar**

Que me place  
te digo el alojamiento.  
Vamos allá.

*(Los dos a la puerta)*

**Burg.**

Hacia esta parte  
y en el fin del corredor  
veréis una puerta grande  
que da sobre esta escalera:  
tomad el farol que arde  
en el descanso; bajadla,  
y Andrés os dará la llave  
de vuestro cuarto, y decidle  
que a vuestras gentes os llame.  
Yo os enviaré buena cena  
y fuego.

**Cesar**

Dios te lo pague. *(Vase)*

#### ESCENA IV

*BURGOA; después DON RODRIGO*

**Burg.**

¿Santillana y capitán,



y de los tercios de Flandes  
y con la boleta en regla  
y espada de gavilanes,  
quién le resiste? El incógnito  
se hará cargo del percance,  
y tendrá su compañía  
que sufrir y resignarse.  
Contra el rey nadie es valiente.

Rod.

¡Ha de esta casa! (*Entrando*)

Burg.

Adelante.

Rod.

¿Sois el dueño de ella?

Burg.

Soy

Luis B<sup>u</sup>rgoa.

Rod.

Dios le guarde.

Burg.

Mil gracias: lo mismo digo.

¿Qué se ofrece?

Rod.

Que oiga y calle.

Esta noche a esta posada  
vendrá un viejo a apearse  
con una dama encubierta  
y un escudero; hospedadles  
con mucho agrado y servidles  
sin dudar cuanto demanden:  
su gasto corre por cuenta  
del rey, y desde el instante  
en que vuestra casa ocupen,  
de ellos, de sus equipajes  
y cuanto les pertenezca,  
seréis vos el responsable.  
Dejaréis entrar a todos  
los que por él preguntaren:  
a todos, quien quier que fueren;  
mas no dejaréis a nadie  
volver a salir. Abajo  
tenéis unos militares  
alojados, y las órdenes  
competentes voy a darles  
para que os presten auxilio,  
y en caso de apuro guarden  
las puertas. Conque, silencio  
y adiós; volveré más tarde.

Burg.

Señor, vuestra autoridad,

sea cual fuere, excusadme  
que os pregunte a quién la honra  
tengo de hablar.

**Rod.**

Al Alcalde

Rodrigo de Santillana.

**Burg.**

¡Jesucristo!

**Rod.**

Dios le guarde.

## ESCENA V

### BURGOA

¡Dios nos asista! Con un  
Santillana era bastante  
para su mal; pero juntos  
el capitán y el alcalde  
pisándoles los talones...  
Ya, ya están frescos los tales  
viajeros. Los Santillanas...  
raza de réprobos: aves  
de mal agüero: golillas  
todos: buos de las cárceles  
y de las horcas, que sólo  
pronosticar pueden males,  
Santillanas... ¡fuego en ellos  
y en quien a casa los trae!  
No hay portugués que no tenga  
con ellos cuentas. Mas baste:  
que Dios dirá. Gente llega.  
¡Arbués!

*(Al ir a entrar por el fondo sale Arbués de viaje,  
enlodado.)*

## ESCENA VI

### BURGOA y ARBUÉS

**Arb.**

No hay que incomodarse,  
patrón: somos gente llana  
mis amos y yo, y a nadie  
gustamos de dar que hacer.  
¿Hay aposentos capaces,

- limpios y con buenas camas  
para una dama, su padre,  
su escudero y dos criados?
- Burg.** Sí, señor, los hay; y tales  
que no habrá en palacio muchos  
que en lo limpio les alcancen.
- Arb.** Pues poned en uno luces  
para la dama.
- Burg.** Que bajen;  
voy a mandar por los trastos  
que traigáis.
- Arb.** Que no se cansen  
vuestros mozos; ya los nuestros  
suben con los equipajes  
(*Suben los mozos con baules.*)  
¿Dónde los pondrán?
- Burg.** Allí,  
en esos cuartos.
- Arb.** (*A los mozos.*) Llevadles,  
pues.
- Burg.** ¿Y la dama?
- Arb.** Se está  
despidiendo de su padre.
- Burg.** ¿Pues qué, no se queda en casa  
con ella?
- Arb.** Sí, mas tiene antes  
que entregar unos breviarios  
a un primo suyo que es fraile  
en San Pablo, y tardará  
tal vez, mas no hay que esperarle.
- Burg.** Marta, Ginés, a esa dama  
alumbrad.
- Arb.** Ya llegan tarde,  
patrón.  
(*Sale doña Aurora.*)
- Burg.** ¡Qué! ¿Sin aguardar  
que la sirvan?...
- Arb.** Si es más ágil  
que un lancero, y nunca se anda  
con cumplimientos.



## ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA y DOÑA AURORA

- Burg.** (*Aparte*) (Buen talle,  
garboso andar, y ¡qué hermosa!  
Dijo bien cuando a los ángeles  
la comparó el capitán.)
- Aur.** ¿Sois el huésped?
- Burg.** Ordenadme,  
señora; yo soy.
- Aur.** ¿Hay fuego  
en mi aposento?
- Burg.** Y bujía,  
y puede vueseñoría  
disponer de él desde luego  
y de toda mi posada.  
Os mandaré a mi mujer  
que os sirva.
- Aur.** No es menester;  
yo me sirvo sola, y nada  
necesito. ¿Arbués?
- Arb.** Señora,
- Aur.** Cuando vuelva, aunque sea tarde,  
me avisarás.
- Arb.** A la hora  
en que llegue.
- Aur.** (*A Burgoa*) Dios os guarde.
- Burg.** ¿Tomaréis un refrigerio,  
un tente en pie, para abrigo  
del estómago?
- Aur.** ¿No os digo  
que nada quiero? (*Vase por la izquierda.*)
- Burg.** ¡Qué imperio!

## ESCENA VIII

ARBUÉS Y BURGOA

- Burg.** ¿Y vos no cenáis.
- Arb.** Poco há

que comimos y costumbre  
no tenemos.

**Burg.**

A la lumbre  
podéis venir, que la habrá  
buena en el hogar.

**Arb.**

No tengo  
frío; podéis sin reparos  
cuando queráis acostaros;  
porque mi amo, os lo prevengo,  
de que le sirva no gusta  
nadie más que yo, que sé  
sus mañas.

**Burg.**

Tenéis a fé  
buen trabajo.

**Arb.**

¡Bah! Se ajusta  
cada cual al que le toca  
en esta vida: yo estoy  
a su servicio y le doy  
cumplimiento... y punto en boca,  
que tengo sueño. Dejad  
la llave a mano y a abrir  
bajaré, cuando venir  
le sienta; que echen, mandad,  
pienso a los caballos, yo  
de este sillón haré lecho.  
¿Dormiréis ahí?

**Burg.**

**Arb.**

¡Pues no!  
es costumbre y ya estoy hecho.  
Pues para cuando me acueste  
ahí queda la llave, y vos  
os governaréis.

**Burg.**

**Arb.**

Adiós,  
pues.

**Burg.**

Descansar. (¡Mala peste  
me coja si yo me acuesto  
sin ver a ese hombre quedar  
dentro de casa!) (*Vase.*)

**Arb.**

Cerrar  
no está demás. (*Cierra la puerta del fondo.*)



## ESCENA IX

ARBUÉS; después DON CESAR

Arb.

En mi puesto

heme ya.

(Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo.)

Han llamado

Cesar

(Dentro) ¿Arbués?

Arb.

¿Por mi nombre? ¿quién será?

César

Alférez Arbués.

Arb.

¿Quién va?

César

Abre a un amigo.

Arb.

¿Quién es?

César

El capitán Santillana.

Arb.

¿Doni César?

César

Sí, date prisa,

Arbués, que nos interesa.

Arb.

¡Válame la soberana (Abre.)

Virgen! ¡Vos, mi capitán!

César

No malgastemos, Arbués,  
nuestro tiempo.

Arb.

Hablad: ¿qué hay, pues?

César

Las bocacalles están  
tomadas alrededor  
y conmigo hay seis soldados  
en esta casa apostados.

Arb.

¿Y qué?

César

Que es a tu señor.  
a quien buscan. Si Gabriel  
los umbrales de ella pasa,  
Arbués, dentro de esta casa  
todos sois presos con él.

Arb.

No os dé pena, capitán;  
mi amo, que lo sabe todo,  
de hacer encontrará modo  
inútil todo su afán.

César

El asunto no es materia  
de chanzas; en la partida  
sé yo que le va la vida.

Arb. ¡Diablol

César La cuestión es seria.  
Registrarán su equipaje  
y hasta la misma persona:  
y si razón no le abona  
terminante, aquí su viaje  
concluye: porque al misterio  
de su vida dar alcance  
quiere el rey.

Arb. ¿El rey?

César El lance  
ves que no puede más serio  
ser. Mi padre, don Rodrigo,  
me ha encomendado su guarda,  
diciéndome que le aguarda  
pronto y ejemplar castigo.  
Hasta ahora, a lo que creo,  
de sus poderes abusa  
la justicia, pues le acusa  
a ciegas su buen deseo.  
Mas he oído una expresión,  
que a probarse con certeza  
le va a costar la cabeza,  
sea impostura o ambición.  
Oyeme ahora. El destino,  
por su bien o por mi mal,  
me une a su sino fatal  
y me arroja en su camino.  
Instinto y veneración  
por él en mi pecho ruegan,  
y por Aurora me ciegan  
cariño y adoración.  
En el nombre de la ley  
a espiarle a Madrigal  
me enviaron, y cumplí mal  
con las órdenes del rey.  
Desde Madrigal os sigo.  
Lo sabíamos.

Arb.

César Tiempo es  
de que sepamos, Arbués,  
a qué atenernos. Conmigo  
es preciso que Gabriel



hable esta noche: es forzoso  
que este arcano misterioso  
penetre a la par con él.  
Hay un misterio tremendo  
en su existencia la duda;  
siempre me tendrá en su ayuda  
mas que se explique pretendo.  
Yo quiero de cualquier modo  
salvarle; quiero que a prueba  
ponga mi fe y que me deba  
su porvenir, en fin, todo  
quiero comprenderlo, y sea  
quien fuere, noble o villano  
vil traidor o soberano  
coronado, que en mí vea  
un fiel amigo, un apoyo  
presto a dividir con él  
desde el sitio de un dosel,  
hasta de la tumba el hoyo.

Arb. Que os ciega amor bien se ve.

César— Arbués, si su amor merezco  
y si mi mano la ofrezco...

Arb. No la admitirá.

César ¿Por qué?

Arb. Porque es Espinosa un hombre  
que no quiere que se una  
ni hombre alguno a su fortuna,  
ni nombre alguno a su nombre.

César Yo los males que le afligen  
acepto y sus opiniones,  
sin pedir de ellas razones:  
y si ocultarme su origen  
les importa, nunca el nombre  
preguntaré de mi esposa:  
sea honrada y cariñosa,  
y nada habrá que me asombre.

Arb. Estáis loco, capitán.

¿Queréis con un pastelero  
emparentar?

César Arbués, quiero  
salir de una vez de afán.

- Te he dicho que mi destino  
me lleva tras de Gabriel.  
Pues es fuerza que huyáis de él;  
echad por otro camino.  
¡Arbués!
- Arb. Yo se lo digo.  
Vuestro ayo fuí; soy ya viejo  
y daros puedo un consejo:  
tomadle que es de un amigo.  
Cumplid vuestra obligación  
sin tropezar con Gabriel,  
y el misterio que hay en él  
dejad en su corazón.  
Para vuestro amor, de roca  
será su alma, y recelo  
que no os dará ni consuelo  
ni satisfacción su boca.
- César Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio  
impunemente?
- Arb. Lo que hace  
no sé, mas no satisface  
jamás.
- César Pues bien, si su labio  
satisfacción no me da,  
yo le haré que hable sin gana  
con mi acero.
- Arb. Santillana,  
en silencio os matará.
- César ¿A mí?
- Arb. Tal creo en conciencia.
- César ¿Tiene algún filtro Gabriel?
- Arb. No; mas acaso con él  
pelea la omnipotencia.  
Don César, tened a raya  
vuestra locura y tomad  
mi consejo: abandonad  
la senda por donde él vaya.  
No puedo.
- César Una indiscreción  
muy sandia sé que cometo;  
mas voy a ser indiscreto,  
porque tengo os obligación.

**César**

Habla, habla.

**Arb.**

Ese Gabriel

Espinosa, el pastelero,  
tiene más de caballero  
de lo que aparenta él.  
Tres años há que le sigo  
de su favor obligado,  
que honra y vida me ha salvado,  
y más que dueño es mi amigo.

**César**

¿Pero quién es?

**Arb.**

Voy a ello.

Quién es... ¡sábenlo él y Dios!  
Cuanto sé yo de él vais vos  
a saber, mas bajo sello  
guardadlo siempre.

**César**

Concluyo.

**Arb.**

Escuchad, pues, lo que sé,  
y vos veréis de él a fe  
si en pro o en contra os arguyo.  
El sabe todas las leyes,  
cuenta todas las historias,  
los desastres y las glorias  
de los europeos reyes.  
El conoce los blasones  
como un rey de armas, él mide  
las noblezas; él decide  
sobre razas y opiniones;  
y tales fuerzas alcanza,  
que con precisión certera  
monta un potro a la carrera  
y hace astillas una lanza  
en el aire.

**César**

¡Jesucristol  
eso se cuenta también  
de don...

(*Arbués le tapa la boca con la mano.*)

**Arb.**

No digáis de quién;  
de él yo lo cuento, y lo he visto.  
Y en fin, os diré un secreto:  
¿Conocíais a Quiñones  
el teniente de dragones?

**César**

Sí.



**Arb.**

Sabéis que era el respeto  
de los diestros en la esgrima,  
porque jamás estocada  
le hirió, mientras que su espada  
veinte muertes le echó encima.

**César**  
**Arb.**

Sí.  
No ignoráis que muerto  
en Madrigal se le halló;  
pues bien, Gabriel le mató  
riñendo.

**César**  
**Arb.**

¿Cierto?

Tan cierto,  
capitán. como es de noche.  
De Gabriel en la hostería  
con el alférez comía  
yo una tarde, cuando un coche  
paró a sus puertas, y de él  
un embozando bajando  
se entró hasta allí preguntando  
si estaba en casa Gabriel.  
Salió éste; y el forastero,  
que ser mostraba en su porte  
un gran señor de la corte,  
llevó la mano al sombrero  
al ir a hablarle; Quiñones,  
de quien sabéis la insolencia,  
con aquella impertinencia  
peculiar de los matones,  
dijo: «¡Hola! ¿esas tenemos?»  
Mas no bien le oyó Gabriel,  
cuando viniéndose a él  
le asió por los dos extremos  
del collarín del colete  
diciendo: «¡Hola, seor espía!  
¡yo os haré, por vida mía,  
que me guardéis el secreto!»  
Y con muñeca de hierro,  
zarandeándole de un lado  
a otro, le echó derribado  
bajo el banco como a un perro.  
El teniente, puesto apenas  
en pie, echó mano al acero

yéndose hacia el pastelero,  
quien con miradas serenas  
y voz grave e imperiosa,  
nos dijo: «Echémonos fuera»;  
y echamos por la escalera  
los tres en pos de Espinosa.  
Detrás de unos paredones  
que hay debajo del camino,  
paróse: fué su padrino  
el otro, y yo el de Quiñones.

Capitán, juro a mi honor  
que no he visto tal destreza  
jamás ni tanta firmeza,  
serenidad y valor.

Era un maestro el teniente;  
pero a las cuatro paradas  
tenía tres estocadas:  
rugía de ira, y valiente  
atacaba: mas escrito  
debió estar: tendióse a fondo  
Gabriel, y cayó redondo  
Quiñones, sin dar un grito.

**César**

¿Y Espinosa?

**Arb.**

Ni un rasguño  
sacó: en silencio su espada  
limpió que estaba manchada  
de sangre hasta el mismo puño,  
y envainándola con calma,  
nos dijo: «Quede lo hecho  
sepultado en nuestro pecho,  
y que Dios perdone su alma.»

Y volviéndose a entrar  
otra vez en la hostería,  
no ha vuelto desde aquel día  
a Quiñones a mentar.

Ahora, señor Santillana,  
pues sabéis que hondo cariño  
os cobré desde muy niño,  
y os guardo afición cristiana,  
creed a un amigo viejo:  
por delante de Gabriel

- pasar sin topar con él;  
y agradecedme el consejo.  
**César** Es tarde, y retroceder  
no quiero. Resuelto a todo  
vengo, y de uno u otro modo  
esta noche le he de ver.  
**Arb.** Yo no os lo puedo impedir;  
pero hacéis mal: os lo advierto.  
**César** Más quiero por él ser muerto  
que sin Aurora vivir.  
**Arb.** Allá os las hayáis.  
**Aur.** (*Dentro.*) ¡Arbués!  
**Arb.** Pronto, marchaos; es ella.  
**Aur.** (*Dentro.*) ¡Arbués!  
(*Arbués quiere obligar a don César a irse.*)  
**César** Déjame la huella  
besar de sus castos pies.  
~~Aur.~~ **ARB.** ¡Capitán!

## ESCENA X

DOÑA AURORA, DON CESAR y ARBUÉS

- Aur.** (*Saliendo.*) Oyendo estoy  
a Arbués. hablar ha una hora.  
¿Es mi padre?  
**César** No; señora.  
**Aur.** ¡El capitán!  
**César** Sí, soy yo.  
**Arb.** Ver al señor pretendía,  
le dije que ausente estaba:  
insistía él, porfiaba  
yo, y por eso se oía  
hablar aquí, doña Aurora.  
**Aur.** Anduviste descortés  
con el capitán, Arbués.  
**Arb.** Vuestro padre...  
**Aur.** Sin demora  
me debiste de avisar  
de su llegada, y al punto  
saliera yo.



César

Sea asunto  
concluído: él atajar  
debió mi prudente paso.  
Si vos salís en su abono  
yo su falta le perdono.  
Sal.

(A Arbués, que se va.)

Aur.

## ESCENA XI

DON CESAR Y DOÑA AURORA

Aur.

¿Puedo saber acaso  
la causa que aquí os obliga  
a presentaros ahora?

César

Es un secreto, señora;  
perdonad que no os le diga.  
Confiarle sólo debo  
a vuestro padre.

Aur.

En tal caso... (Retirándose.)

César

Aguardad. (Deteniéndola.)

Aur.

Decid.

César

Acaso

vais a enojaros.

Aur.

- Me atrevo  
a esperar de vuestro honor,  
que no me osará decir  
nada que no pueda oír  
sin peligro o sin rubor.

César

Nada, señora, ¡yo os juro  
por la honra en que nací,  
que nada oiréis de mí  
que no sea noble y puro!  
Hablad, pues.

Aur.

César

Que fuí sospecho  
torpe por demás, señora,  
si no habéis visto hasta ahora  
el arcano de mi pecho.

Aur.

¿Cómo queréis que comprenda  
secretos que en él guardáis,  
si no me los reveláis?

**César** Si en los ojos una venda  
de indiferencia y rigor  
no os hubiérais, puesto, Aurora,  
me ahorráreis hacer ahora  
la relación del amor.

**Aur.** ¿Con que amáis?

**Cesar** Con frenesí.

**Aur.** ¿Pues y a quién?

**César** A un ángel.

**Aur.** ¡Oh!

¿Y os paga?

**César** Creo que no.

**Aur.** ¿Lo sabe?

**Cesar** Creo que sí.

**Aur.** ¿Se lo habéis dicho?

**Cesar** Jamás.

**Aur.** ¿Por qué?

**Cesar** Porque es mi pasión,  
más que amor, veneración:  
idolatría quizás.

Es un amor que no tiene  
en su vil naturaleza

un átomo de impureza;  
amor que del cielo viene.

Es un innato cariño  
tan casto como profundo,  
tan puro como el armiño,  
tan inmenso como el mundo.

Sin otro bien, ni otro dueño,  
ni más afán, ni más guía  
en la tierra, noche y día  
con él vivo, con él sueño.

Un amor sublime, santo:  
más tan tirano, tan fiero,  
que sus fuerzas considero  
a mis solas con espanto:  
porque no hay ley no hay deber  
que pueda mi corazón  
al poder de mi pasión  
con ventajas oponer.

Si la que amo me dijera:

«Sé traidor, véndete esclavo,»

Aur. mi fe llevando hasta el cabo  
me infamara y me vendiera.  
¡Jesús, que amor tan horrendo!  
¿Dónde adquirido le habéis?

Cesar  
Aur. ¿Os reís?  
¿Pues qué queréis  
si os estáis contradiciendo?

Cesar  
Aur. ¿Dó está la contradicción?  
¡Pues ahí es nada! ¿un cariño  
tan puro como el armiño,  
una sagrada pasión.  
de cuyo infernal poder  
creéis que os llegue a obligar  
vuestro rey abandonar,  
la libertad a vender?

Cesar  
Aur. Sin vacilar un momento.  
¿Porque una mujer os ame  
consentís en ser infame,  
traidor y esclavo?

Cesar  
Aur. Consiento.  
Haceos un poco atrás.

Cesar  
Aur. ¿Por qué?  
Esa pasión que tanto  
ponderáis, más que amor santo,  
es amor de Satanás.

Cesar  
Aur. ¡Infeliz del corazón  
que tal amor no comprendel  
Más lo es en el que se enciende  
la llama de tal pasión.

Cesar  
Aur. ¡No os mostráis de ella así  
si la comprendiérais, no!  
¿Y quién os dice que yo  
no guardo ese amor en mí?

Cesar  
Aur. ¡Vos! (*Sorprendido.*)  
Don César, sólo Dios  
amor tan ciego merece.

Cesar  
Aur. Amor es Dios, y enloquece.  
Y loco estáis.

Cesar  
Aur. ¡Ah! Por vos (*Se arrodilla.*)  
¡Insensato!

Cesar  
Por vos, sí:  
yo os amo, Aurora, os adoro.



**Aur.** ¿Pues creéis que yo lo ignoro?  
**Cesar** ¡Cielos! (*Alzase del suelo acercándose a Aurora.*)

**Aur.** (*Apartándose.*)

**Cesar** No lleguéis a mí.

**Aur.** ¿Me rechazáis?

**Cesar** ¡A fe mía!

Yo acepto vuestro respeto,  
mas no quiero ser objeto  
de una torpe idolatría.  
No soy más que una mujer,  
y del Criador hechura;  
sólo como criatura  
estimada quiero ser.

**Cesar** Esas palabras, Aurora,  
que una esperanza me dan...

**Aur.** Si tal creéis, capitán,  
olvidadlas desde ahora.

**Cesar** Me confundís, y no sé  
unir con vuestra bondad  
vuestro rigor.

**Aur.** En verdad  
que yo tampoco sabré  
tal arcano descifraros.  
lo que sí os sabré decir  
es que no puedo admitir  
vuestro amor: mas sin reparos  
mi amistad toda os ofrezco.  
Creedme: Dios me es testigo  
de que os quiero por amigo,  
mas por galán no os merezco.  
**Cesar** ¡Cómo!

**Aur.** Os lo diré mejor,  
y no me guardéis encono:  
vuestra amistad ambiciono,  
vuestra pasión me da horror.  
**Cesar** Me asombráis.

**Aur.** Es un arcano  
que penetrar no podemos:  
galán, jamás nos veremos;  
amigo, aquí está mi mano.  
(*Doña Aurora le tiende la mano.*)

- Cesar** ¡Ah! Os entiendo. Compasión  
os causó mi amor, y ahora  
burlaos os plugo, Aurora,  
con mi pobre corazón.  
Mas esta mano que estrecho  
sobre él, y que llevo al labio...  
(*Va a besar la mano; doña Aurora se lo impide.*)
- Aur.** La boca le hará en agravio:  
no la levantéis del pecho.
- Cesar** Ese tono...
- Aur.** Es harto serio.
- Cesar** No os comprendo. Si es capricho  
de vuestro humor...
- Aur.** Ya os lo he dicho,  
capitán: es un misterio  
que yo no entiendo tampoco.  
Pues yo le penetraré.
- Cesar** ¿Cómo?
- Aur.** A vuestro padre haré  
que me lo explique.
- Cesar** Estáis loco.
- Aur.** En eso parar espero  
con vuestras contradicciones.
- Cesar** Pues oidme unas razones  
terminantes, caballero.
- Aur.** Hablad.
- Cesar** Me habéis ponderado  
vuestra acendrada pasión,  
y vais en mi corazón  
a saber lo que hay guardado.  
Hay un amor casto, ciego,  
de mi pecho en la guarida,  
tan largo como mi vida,  
tan ardiente como el fuego.  
Amor de goces tan suave,  
tan exento de dolores,  
como el olor de las flores,  
como el cantar de las aves.  
Este amor es un cariño  
tan ajeno de impureza,  
como el que a tener empieza  
naciendo a su madre el niño.

Hoguera es de inmenso ardor:  
mas de su llama tranquila  
no se extingue ni vacila  
el constante resplandor.  
En el duelo, en la ventura,  
en la inquietud y en la calma  
siempre en el fondo del alma  
como una estrella fulgura:  
y brilla su claridad  
en su centro solitario  
cual lámpara en un santuario,  
cual faro en la tempestad.

**Cesar**

¿Amáis?

**Aur.**

Amo a un noble sér  
de quien ignoro hasta el nombre:  
le amo todo cuanto a un hombre  
puede amar a una mujer.  
Le amo desde que le ví,  
le amo con toda mi fe,  
y al sepulcro bajaré  
con su amor dentro de mí.  
Con él sueño, con él vivo;  
lo que él desea, apetezco;  
lo que aborrece, aborrezco;  
y mi corazón cautivo  
de su sola voluntad,  
a ella no más obedece;  
él me dice: «Ama, aborrece»,  
y amo y odio sin piedad.  
Me dijo: Dé ese mancebo  
serás amiga.» Y yo os digo  
que vos sois mi único amigo,  
porque él lo quiere, y yo debo  
quererlo; y si él me dijera:  
«Véndete, esclava», ¡por Dios  
os juro que, como vos  
por mí, por él me vendiera!  
Ya mi secreto sabéis.  
Respetad de él, comedido,  
lo que no hayáis comprendido;  
y si no os satisfacéis  
con las razones que os dan,



Cesar  
Aur.

haced cuenta, en conclusión,  
que nací sin corazón.  
Esperad.

Ni un solo instante:  
el alma leal que ábrigo,  
franca está para el amigo  
y muerta para el amante.  
(*Vase por la izquierda, cerrando la puerta.*)

## ESCENA XII

*DON CESAR*

¡Ama a un hombre, cuyo nombre  
no conoce! Fascinada  
está su alma, enamorada  
por él. ¿Y quién es ese hombre?  
— Un año hace que le sigo  
y a nadie he visto jamás  
llegar. ¡Un enigma más  
de los que llevan consigo!  
Con él sueña, con él vive,  
lo que él desea apetece;  
él manda, y ella obedece  
y sér de su sér recibe.  
¡Oh! Sí: lo expresaban bien  
sus ojos, su voz, su gesto.  
Sí, encierra un amor funesto  
su corazón. Pero, ¿a quién?  
¡Ama a un hombre misterioso  
de quien hasta el nombre ignora!  
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!  
¡Sandio de mí! Estoy celoso.  
Celoso, y tal vez acecha  
la muerte aquí a ese Gabriel  
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...  
¡El!... ¡Estúpida sospecha!  
Su padre... ¿Y si no lo es?  
¿Si el misterio y soledad  
que guardan de liviandad  
fuera un velo infame? Arbués.

## ESCENA XIII

*DON CESAR y ARBUÉS*

Arb.  
Cesar

Aquí estoy.

Pronto, responde:

Aurora a otro hombre ama.

¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?

¿Adónde está ahora? ¿Adónde  
le vió? ¿Cuándo?

Arb.

Capitán,

ya os previne, que acercaros

a nosotros era echaros

en un abismo de afán;

y ya lo veis; un instante

nada más que habéis hablado

con ella, os ha trastornado

corazón, juicio y semblante.

César

La amo, Arbués, y estoy celoso.

Dime por tu vida, Arbués.

¿Sabes bien si Gabriel es  
su padre?

Arb.

¡Pues es chistoso!

César

¡Ay! de la duda la hiel

me emponzoña el corazón.

Arb.

Pues no perdáis la ocasión

de consultarla con él.

César

¿Llega?

Arb.

Le siento venir.

César

¡Cómo!

Arb.

Acostumbra a silbar

recio.

César

¿Y silbo?

(*Llaman: aldabonada.*)

Arb.

De llamar

acaban.

Cesar

Vé, pues, a abrir.

(*Vase Arbués por el fondo llevando la llave.*)

Es forzoso: le hablaré:

la vida en ello le va.

Sí se obstina... mas no a fe,

primero le salvaré

y Dios amanecerá.

## ESCENA XIV

*DON CESAR, ARBUÉS y GABRIEL, embozado.*

Gab. ¡Holal señor capitán.  
Cesar Os aguardaba.  
Gab. ¿Qué hay, pues?  
Cesar Solos.  
Gab. Déjanos, Arbués.

## ESCENA XV

*DON CESAR y GABRIEL*

Gab. Podéis hablar.  
Cesar Tal vez van  
mis palabras a causaros  
extrañeza.  
Gab. No lo espero.  
Cesar Muy claro con vos ser quiero.  
Gab. Pues no andéis con reparos.  
Con cuanta más claridad  
habléis, vos, a mi entender  
os debo yo comprender  
con mayor facilidad.  
Cesar Yo soy...  
Gab. *(Interrumpiéndole)*  
Os conozco bien:  
adelante.  
Cesar En Madrigal  
me acantoné de orden real...  
Gab. Para guardarme; también  
lo sé; adelante.  
Cesar Hoy en pos  
de vuestros pasos...  
Gab. Venís  
por lo mismo: me decís  
cosas que sé como vos.  
Cesar Pues bien: lo que según creo  
ignoráis vos todavía,  
os diré.  
Gab. ¡Por vida mía,  
capitán, que yo deseo  
que algo nuevo me digáis!



- Cesar           Pues oid.
- Gab.           Estoy atento.
- Cesar           La casa en este momento  
                  está cercada, y estais  
                  preso en ella.
- Gab.           Ya lo sé.
- Cesar           ¿Conque sabiéndolo ya  
                  entrásteis?
- Gab.           Pues claro está.
- Cesar           ¿Por voluntad?
- Gab.           Ya se ve.
- Cesar           ¿Luego confiáis?...
- Gab.           En Dios  
                  primero, y después en mí.
- César           ¿Sabéis que os acusan?
- Gab.           Sí.
- César           ¿De un delito?...
- Gab.           *(Interrumpiéndole.)* No, de dos.
- César           ¿Sabéis cuáles?
- Gab.           Sí por cierto.
- César           Pues a lo que se murmura,  
                  cualquiera de ellos...
- Gab.           Segura  
                  trae mi sentencia: soy muerto.
- César           ¿Con ella os chanceáis?
- Gab.           Sí tal.
- César           ¿Podréis probar?...
- Gab.           Una cosa.
- César           ¿Qué sois?...
- Gab.           *(Interrumpiéndole)*  
                  Gabriel Espinosa,  
                  pastelero en Madrigal.
- César           Podrán dudarle tal vez.
- Gab.           ¿Por qué?
- Cesar           Porque lo desmiente  
                  vuestro gentil continente,  
                  y es muy receloso el juez.
- Gab.           Dios me hizo así, y en mi mano  
                  no está cambiar de figura.
- Cesar           Diz que andáis con mucha holgura  
                  para ser solo un villano.
- Gab.           Soy rico.

Cesar

Querrán papeles  
que os acrediten de tal.

Gab.

Resmas tengo en Madrigal  
de los de envolver pasteles.

Cesar

¿Hay algunos con pinturas?

Gab.

Mil.

César

¿Son estampas de santos?

Gab.

Hay de todo.

César

¿Y entre tantos,  
hay conocidas figuras?

Gab.

¿Echáis menos, capitán,  
alguna?

Cesar

No: mas ha un rato  
que el juez buscaba un retrato  
fiel del rey don Sebastián.

Gab.

Siento no tener ninguno.

César

Pues creo que el juez pretende  
deteneros, porque entiende  
que lleváis sobre vos uno.

Gab.

¿Qué habria en qué le llevara,  
para que en mí se encarnicen  
los golillas?

Cesar

(*Mirándole atentamente.*) Es que dicen  
que le lleváis en la cara.

Gab.

Ni es tan deforme la mía,  
ni osara yo andar por cierto  
con la cara que un rey muerto  
usaba cuando vivía.

Cesar

Pues la justicia cree ver  
en vos semejanza tal  
con él, que de vos muy mal  
sospecha.

Gab.

¡Cómo ha de ser!

(*Un momento de pausa.*)

Cesar

Yo os cobré afecto: fiad  
vuestro secreto de mí,  
y al depositarlo aquí  
le echais en la eternidad.

Gab.

Mozo, si tuviera un día  
que fiar algo a algún hombre,  
creed, os juro a mi nombre,  
que de vos lo fiaría.

Cesar

Gab.

Cesar

Gab.

Cesar

Gab.

Fiadme ese nombre, pues,

Gabriel: lo acabais de oír.

¡Os obstinais en morir!

Ley de los que nacen es.

¡No me entendéis!

¡Vive Dios!

ni vos me entendéis tampoco  
a mí.

Cesar

Gad.

Parecéisme loco.

Y a mí mentecato vos.

Porque a la verdad, mancebo,

grima me da contemplaros,

así el seso devanaros

por decirme algo de nuevo.

Tras de tanto ir y venir,

¿no habéis echado de ver

que yo no quiero entender

lo que em queréis decir?

¿Os figuráis que viví

entre el pueblo catorce años,

sin percibir los extraños

cuentos que corren de mí?

¿Pensais que es esta la vez

primera que en mí repara

el vulgo, y que cara a cara

me veo yo con un juez?

¿Pensais que no conocí

que en vos germinó hacia mí

un simpático cariño?

Yo como en un libro leo

claro en vuestro corazón,

y bien de vuestra afición

la causa escondida veo.

Sé que a mí os atrae un nudo

cuyo mágico poder,

os hace ante mí poner

vuestro pecho por escudo.

Pero su atracción oculta

resistid: porque os advierto

que ese nudo como un muerto

os estrecha y os sepulta.

resistid; porque un ser soy

que infesto el lugar que habito,  
que cuando toco marchito  
y asolo por donde voy.

**César**

¿Qué me importa el horror mismo  
del misterio que hay en vos  
de sí me arrebatara en pos,  
y ciego voy a su abismo.

**Gab.**

¡Mancebo!

**César**

Con vos iré  
por do quiera que vayais.  
Oídme, y cuando sepais  
mi secreto...

**Gab.**

Ya lo sé.

**César**

¿Qué sabeis?

**Gab.**

Cuanto ha pasado  
por vuestro pecho hasta ahora:  
no ignoro nada: de Aurora  
sé que estais enamorado.  
Sé que por ella me hablais,  
y que tras ella venís,  
y que por ella vivís,  
y que con ella soñais.  
¿Creeis que en vuestro semblante  
no he conocido al entrar  
que la acabábais de hablar?  
y en vuestro mustio talante,  
¿creeis que no entiendo acaso  
que el amor de vuestro pecho  
al declararla, no ha hecho  
de vuestras palabras caso?

**Cesar**

¡Caballero!

**Gab.**

¡Qué demonio!  
de todo estoy enterado,  
hasta de que habeis pensado  
pedírmela en matrimonio.

**Cesar**

Sí, que mi amor...

**Gab.**

(*Interrumpiéndole.*) Sé que es grande  
profundo, honesto y leal:  
pero es un amor fatal,  
imposible.

**Cesar**

Que os demande  
por qué dejad.



**Gab.**

Lo primero,  
porque si mal no me fundo,  
no os quiere ella: lo segundo,  
porque yo tampoco quiero.

**Cesar**

¡Me escarnecéis!

**Gab.**

¡No, por Dios!  
¿A qué viene el enojaros?  
¿No queréis que hablemos claro?  
Pues claro os hablo yo a vos.

**César**

¡Ea, pues, claros hablemos,  
y sepamos de una vez  
a qué atenernos.

**Gab.**

¡Pardiez!  
no alcéis la voz, que podemos  
a las gentes de la casa  
despertar, y creer pueden  
cosas que aquí no suceden,  
capitán.

**César**

Lo que aquí pasa  
es que quiero penetrar  
el misterio que os rodea  
y que es fuerza que así sea:  
porque no he de tolerar  
en calma, como un villano,  
que tan sin razón los dos,  
despreciéis mi amistad vos  
y vuestra hija mi mano.  
Confieso que el alma mía  
del punto en que os llego a ver.  
por vos comenzó a tener  
misteriosa simpatía.  
Confieso, sí, que amo a Aurora  
con amor tan delirante,  
que no hay acción que me espante  
por ella; mas me devora  
a par con el del amor,  
el fuego de un justo enojo,  
y no quiero a vuestro antojo  
ceder sin razón mejor.  
Soy noble, y cuando os ofrezco  
mi raza unir con la vuestra,  
que me deis más noble muestra

de lo que valeis merezco:  
porque si no, con derecho  
tendré por cosa segura,  
lo que de vos se murmura  
y lo que yo me sospecho.  
¿Y qué es lo que sospecháis?  
Que sois...

Gab.

Cesar

Gab.

Cesar

¿Quién?

Un impostor,

y que desechais mi amor...

Gab.

¿Por qué?

Cesar

Porque vos la amais.

Gab.

¡Desdichado!

César

Una de dos:

satisfacedme al momento,

o sepulcro este aposento

es para mí o para vos.

Gab.

Niño, dándoles gran precio

la mayor satisfacción

que debo a tu protección

y a tu amor, es el desprecio.

Ve, pues, si te satisface

la de que no les admito,

porque el amor no me place,

y el favor no necesito.

César

¿Eso a mí?

Gab.

Y antes que te abra

sepulcro, entiende que puedo

abismarte con un dedo

como con una palabra.

César

Decídmela.

Gab.

No la esperes,

César

Pues bien, quiero en mi despecho  
ser muerto o satisfecho.

*(Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya, poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.)*

Gab.

Sea, pues que tú lo quieres.

ESCENA XVI

GABRIEL, DON CESAR y DOÑA AURORA; después  
DON RODRIGO

Aur.  
César

¡Teneos!

Todo es en balde.

*(La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada, dando un paso atrás con tal rapidez que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)*

Rod.

En nombre del Rey.

Gab.

¿Qué es eso?

Rod.

Gabriel Espinosa, preso  
sed.

Gab.

Lo estoy, señor Alcalde.

Rod.

¿Cómo?

Gab.

Ese mozo, sintiendo  
que aun en vela andaba yo,  
por esa ventana entró,  
que me fugara temiendo:  
hallándome en pie y armado,  
darme a prisión me intimaba,  
y mi espada le entregaba  
cuando vos habeis entrado.

Rod.

Vuestras armas y equipaje  
quedan embargados.—De él  
*(A don César.)*

y ellas te encargo. Gabriel  
Espinosa, vuestro viaje  
no os es dado continuar  
hasta que duda no quede  
de quién sois.

Gab.

Su merced puede  
cuando guste comenzar  
sus indagaciones.

Rod.

Luego  
interrogar me es preciso  
testigos, mas, ya os lo aviso,  
preso estais.—Con él te entrego  
*(A don César.)*  
aquella mujer.

Gab. Señora  
se dice, Alcalde: esta dama  
noble es cual vos y se llama,  
por buen nombre, doña Aurora.

Rod. Si es dama y noble, después  
lo sabremos.

Gab. ¡Quiera Dios  
que no os pese luego a vos  
saberlo!

Rod. Excesiva es  
vuestra arrogancia.

Gab. No tanta  
como tener con vos puedo.

Rod. Nadie a mí me infunde miedo.

Gab. Pues a mí nadie me espanta.  
Conque adelante.

Rod. Adelante.  
Vos a ese cuarto, señora,  
y vos dad la espada ahora  
al capitán.

Gab. Al instante.  
Ahí la tenéis, y os suplico,  
(*Alargando la espada sin soltarla.*)  
joven, que si no os enoja  
me la guardéis, que es la hoja  
buena y el puño muy rico.

(*Gabriel entrega su espada a don César, quien, al  
mirarla, exclama asombrado*)

César ¡Jesús!

Gab. Ved con atención  
su primor.

Cesar ¡Corona real  
tiene el pomo!

Gab. Y el tazón  
las armas de Portugal.

Rod. ¡Holal pondréis a mi alcance  
cómo hubisteis esa espada.

Gad. Dadlo por cosa alcanzada:  
la compré en Cintra de lance.

Rod. (*Acercándose y viendo la espada que tiene don  
César.*) ¡Prenda regal



Gab. | Por San Juan!

Ya lo creo: como que es  
prenda de un rey portugués:  
fué el rey don Sebastián.

Rod. (A don César, aparte.)

(César, guárdale, por Dios;  
porque si huye, perdemos  
la cabeza ambos a dos.)

Cesar (Ya lo sé.)

(Vase don Rodrigo por la puerta del fondo.)

## ESCENA XVII

GABRIEL y DON CESAR, Don César va a acercarse a Gabriel con precipitación, éste le contiene con un gesto

Gab. No hagais extremos,  
que os perdeis.

Cesar ¿Pero sois vos?...

Gab. ¿Quién?

Cesar El.

Gab. Porfiado estás.

Cesar Pero...

Gab. ¿Y si fuese quizás?

Cesar Muriera por vos, señor.

Gab. Dormir un poco es mejor.

Dejad a Dios lo demás.

(Vase por la izquierda, dejando a don César estupefacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## NOTA

---

Las escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto segundo, no hubieran podido ser terminadas por mí sin el eficaz auxilio de mi amigo don José María Díaz, que me ha ayudado a escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el Sr. Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que a cada cual pertenecen: yo no debo, sin embargo, apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el señor Díaz tiene derecho a sus aplausos; lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo,

JOSÉ ZORRILLA



# ACTO SEGUNDO

*La misma decoración del acto primero*

## ESCENA PRIMERA

*DON CESAR. Aparece sentado y meditabundo*

Dijo bien: no pertenece  
a la tierra el ser de ese hombre.  
¡Me fascina, me enloquecel  
¡Que en derredor de su nombre  
gira el mundo me parecel.  
Si: de cuanto le rodea  
es el eje, el punto fijo,  
todo lo demás voltea  
en torno suyo: Me dijo  
que iba a dormir, pero vela;  
no he cesado de sentir  
sus pasos, por más cautela  
que puso al ir y venir  
por su aposento. Recela  
que le sorprendan: previene  
cauto el porvenir, y pienso  
que entre su equipaje tiene  
objetos que le conviene  
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso  
riesgo corre!... ¿Y si no es?  
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora  
padre, hermano... algo... A través  
doy con todo: me devora  
la impaciencia... Llamo, pues.  
(Llama a la puerta por donde se fué Gabriel en  
la última escena del acto primero.)

## ESCENA II

*DON CESAR y GABRIEL*

- Gab.** ¿Qué me queréis?  
**César** Advertiros  
de qué mi padre, el Alcalde,  
vendrá pronto.
- Gab.** Será en balde.  
**Cesar** No lo será el preveniros,  
que toda la noche ha estado  
declaraciones oyendo  
de gentes que ha ido prendiendo.
- Gab.** Pues el tiempo ha malgastado.  
**César** Vuestra situación es grave.  
**Gab.** Lo sé.  
**César** Quizás un proceso...  
**Gab.** Vuestro padre anda ya en eso.  
**César** ¿Culpado saldréis?  
**Gab.** ¿Quién sabe?  
**César** Mi padre es un hombre tenaz.  
**Gab.** ¡Pues a buena parte viene!  
**César** Es que tal vez os condene.  
**Gba.** Cumplo la pena y en paz.  
**César** Mas, si antes que vuelva él  
hacer prevención alguna  
os importa...
- Gab.** ¿A mí? Ninguna.  
**César** ¡Señor!  
**Gab.** Llamadme Gabriel.  
**César** Vos lo dijisteis: secreto  
nos liga un nudo a los dos,  
y siento a un tiempo por vos  
inclinación y respeto.  
Quisiera una prueba hallar  
irrecusable que daros  
de mi fe para obligaros  
sin recelo a confiar  
en mí.
- Gab.** ¡Vaya! Estáis chistoso  
por Dios. En este aposento



queríais hace un momento  
atravesarme furioso,  
¿y ahora mi confianza  
conquistaros pretendéis  
con ofertas? Ya sabéis  
que la razón se me alcanza  
de esa simpatía oculta  
que me tenéis: y a respeto  
muéveos sólo mi secreto,  
que vuestra aprensión abulta  
tanto, que seguís mi viaje  
vos, y a atajarle se arroja  
el juez, porque se os antoja  
que soy un gran personaje.

César

Las apariencias están  
por ahora en contra vuestra.

Gab.

Pues la verdad se demuestra  
con la verdad, capitán.

César

Pues bien: antes que un proceso  
entable el juez contra vos,  
valiera más, ¡Vive Dios!...

Gab.

¿Que me diera por confeso  
yo mismo; que haciendo justo  
del juez el empeño, diera  
por supuesto que yo era  
*no sé quién*, y por dar gusto  
él al rey, y diversión  
al populacho, me ahorcara  
y Aurora por vos quedara?

César

¿Es esa vuestra cuestión?  
No así abuséis imprudente  
de ese misterioso influjo  
que a respeto me redujo  
para con vos, e insolente,  
mi lealtad y mi amor  
ultrajéis: ésta es sincera,  
y mi pasión verdadera,  
señor.

Gab.

¡Dale con señor!  
Vos sois noble y yo villano,  
vos sois gentil caballero  
y yo humilde pastelero:

decid Gabriel liso y llano.  
César Me vais a desesperar.  
Gab. Y vos me vais a aburrir.  
César ¡Vos ostinado en fingir!  
Gab. ¡Vos empeñado en hablar!  
César ¿Pronto a todo, fascinado  
que estoy, por vos no miráis?  
Gab. Y os mando yo que tengáis  
de mí porvenir cuidado?  
Cesar Una palabra tan solo.  
Gab. Vais a volver a lo mismo?  
Cesar De esperanza en este abismo  
dame un rayo.  
Gab. ¿Cuál?  
Cesar sin dolo,  
prometedme responder  
a una pregunta.  
Gab. Si puedo  
responderé.  
Cesar No hayáis miedo  
que os puedo comprometer  
la respuesta. ¿Sois de Aurora  
padre?  
Gab. No conoció más  
que a mí por padre jamás.  
Cesar ¡Oh! ¡No lo sois!  
Gab. En buen hora  
que no lo soy os diré;  
más de este arcano la llave  
tengo solo.  
Cesar ¿Ella no sabe?...  
Gab. Nunca se lo revelé.  
Cesar ¿Y la amáis?  
Gab. Mucho; quizás  
mucho más de lo que debo.  
Cesar ¿Conque la guardáis?...  
Gab. ¡Mancebo!  
César Sí; para vuestra...  
Gab. Jamás.  
Pero tened desde aquí  
y para siempre entendido,  
que es mujer que no ha nacido

para vos ni para mí.  
**César** ¡Cielos!  
**Gab.** De toda esperanza  
despedíos.  
**César** ¿Ofrecida  
está a Dios?  
**Gab.** No; está elegida  
para prenda de venganza.  
**César** ¿Vuestra?  
**Gab.** Yo no voy en pos  
de venganzas.  
**César** ¿Es quizás  
de su familia?  
**Gab.** De más  
arriba.  
**Cesar** ¡Del Rey!  
**Gab.** De Dios.  
**César** ¡Imposible atar un cabol  
su sér parece que abarca  
con altívez del monarca  
la abnegación del esclavo!

### ESCENA III

*DON CESAR, GABRIEL y un ALGUACIL*

**Alg.** Su señoría el alcalde  
don Rodrigo.  
**César** En el momento  
volved a vuestro aposento.  
**Gab.** La entrevista será en balde.

### ESCENA IV

*DON CESAR y DON RODRIGO*

**Rod.** ¿Seguros ambos?  
**César** Seguros,  
señor.  
**Rod.** Todo lo recelo.

de él, que es audaz.  
César Sin embargo,  
no temáis ningún extremo.

Rod. ¿Le has hablado?

César Sí, un instante.

Rod. ¿Y qué dice? Muestra miedo  
de la justicia?

César Ninguno.

Rod. ¿Bravea, eh?

César Nada de eso,  
tranquilo está; tal vez tiene  
de justificarse medios.

Rod. Imposible: en contra suya  
tengo datos manifiestos.

César ¿Sabéis ya?...

Rod. Nada. Hilo a hilo

voy la madeja cogiendo.  
Parece que hay en la vida  
de ese hombre tales enredos,  
que sólo a fuerza de maña  
y paciencia, deshacerlos  
es posible. Mas no es  
lo que me trae más inquieto  
lo intricado del negocio,  
que el laberinto estoy hecho  
a recorrer de la leyes:  
acósame el alma empero  
una agitación, que yo  
sé distinguir con acierto,  
si es afán o repugnancia,  
si es duda o presentimiento.  
Hay un punto de la historia  
de ese hombre, cuyo misterio  
del tiempo de mi mayor  
pesar me trae un recuerdo.  
¿De cuándo?

Cesar

Rod. Tú no lo sabes

erás aún pequeñuelo.  
Luego estas causas políticas  
de Portugal, me trajeron  
siempre desgracias. Parece  
que el destino con empeño



Cesar  
Rod.

fatal para mí, pone  
portugueses siempre en medio.  
de mi camino. Seis años  
anduve por aquel reino  
en comisión especial  
los rebeldes persiguiendo,  
y como todos conspiran  
contra el rey y su gobierno,  
yo soy allí detestado.  
¿Fuistéis quizá muy severo?  
Fuí de Felipe II  
leal servidor. Tan terco  
como ellos en resistirse,  
fuí yo en desplomar sobre ellos  
todo el rigor de las leyes,  
y a fe que no me arrepiento.  
Rebeldes eran: cumplí  
con mi obligación: más tengo  
todavía que volverles  
cierta partida, y si puedo  
quedarán tan bien pagados  
como yo bien satisfecho.  
Mas las horas vuelan, César,  
déjame aquí con el preso.  
Guarda esa puerta por fuera  
y si llamo acude presto.

## ESCENA V

*DON RODRIGO DE SANTILLANA*

La diligencias primeras  
terminaron, y el proceso  
está entablado. ¡Malditos  
portugueses!... ¡Qué de enredos!  
Dieciséis, y gente toda  
de probidad, de respeto  
y hasta de ciencia, declaran  
que en el fondo de su pecho  
existe la convicción  
de que el trágico suceso

es falso, y que están seguros  
de que en Africa no ha muerto.  
Unos en Cintra le han visto,  
y en Cintra fué donde él mismo  
dijo que compró su espada.  
Otros cruzando le vieron  
el Tajo una tarde: el fraile  
dice que en su monasterio  
le rezó el mismo una misa  
antes del alba, y a esto  
para obligarle, del Papa  
le mostró bula, y que es cierto  
está de que él era: y todos  
afirman con juramento  
que fueron a Madrigal  
y que le reconocieron.  
Ahora bien, señor alcalde,  
pise su merced con tiento,  
que es la tierra escurridiza.  
O es él, o no: en los decretos  
de Dios todo cabe, y todo  
cabe en los humanos yerros.  
Si en verdad es él, alcalde,  
no será en verdad muy cuerdo  
ahorcarle sin dar al rey  
de todo aviso primero.  
Si es un impostor... también  
le avisaré, y a lo menos  
si se yerra, entre los dos  
el horror compartiremos.

## ESCENA VI

*DON RODRIGO y GABRIEL*

**Rod.**

¡Hidalgo!

**Gab.**

Más alto pico.

**Rod.**

¿Caballero?

**Gab.**

Todavía

más alto.

**Rod.**

Su señoría

me excuse si no le aplico  
su título verdadero:

mas hablemos un instante,  
y de hoy para en adelante  
no herraré en el: porque espero  
que aquí, y a solas los dos,  
me diréis la jerarquía  
que ocupáis.

Gab.

Su señoría  
espera bien, pues por Dios,  
que sabiendo yo quién es,  
debo de hablar sin reparo.  
Eso quiero, que habléis claro.  
Ya veréis.

Rod.

Gab.

Rod.

Decidme, pues,  
señor Gabriel.

*(Don Rodrigo va a sentarse a la mesa.)*

Gab.

Un momento  
señor don Rodrigo.

Rod.

Gab.

Rod.

¿Qué?  
¿Váis a sentaros?

Sí a fe. *(Se sienta.)*  
*(Gabriel trae con mucha calma una silla,*  
*y la coloca frente a la mesa de don Ro-*  
*drigo.)*

¿Qué hacéis?

Gab.

Rod.

Gab.

Lo mismo; me siento,  
Yo soy alcalde de corte.  
Sí: mas no sabéis quién soy  
yo, y si mal o bien estoy  
sentado ante vos.

Rod.

¿Del porte  
audaz que usais conmigo,  
buenas razones supongo  
que me daréis?

Gab.

Me propongo  
hacerlo así.

Rod.

Gab.

Rod.

Pues prosigo.  
Seguid.

La duda primera  
que al escucharos me asalta,  
es la de que nombre os falta  
digno de vuestra alta esfera.  
Lo tengo.

Gab.

- Rod. Pues no lo sé.  
Gab. Gabriel Espinosa.  
Rod. ¿Un tal  
pastelero en Madrigal?  
Gab. Sí.  
Rod. Pues poneos en pie,  
señor pastelero. (*Gabriel se levanta*)  
Así:  
ante el juez sólo se sienta  
quien altos títulos cuenta.  
Gab. Como me sucede a mí.  
(*Se vuelve a sentar.*)  
Rod. (*Aparte*)  
(Ir le tengo de dejar  
por donde quiera, y a ver.)  
Gab. (*Aparte.*)  
(Pienso que mi proceder  
le empieza a desconcertar.)  
Rod. ¿Pues cómo oficio tan bajo  
siendo tan alto elegís?  
Gab. Por vivir, cual vos vivís  
de la ley, de mi trabajo.  
Rod. Mas mi toga y aranceles  
no deshonran.  
Gab. No a fe mía:  
pero yo hacer no sabía  
otra cosa que pasteles.  
Rod. (No es lerdo el señor Gabriel.)  
Gab. (Astuto es el don Rodrigo.)  
Rod. (Por aquí nada consigo,  
pero yo daré con él  
en tierra al fin.) ¡Caballero!  
Gab. Mandad.  
Rod. Una relación  
que os llamará la atención  
contáros quisiera.  
Gab. Espero  
que será por lo galana,  
lo discreta y lo curiosa,  
la invención más ingeniosa  
del señor de Santillana.  
Rod. Pues oid. Buen capitán,



más que Rey, de fe tesoro,  
allá en las playas del moro  
murió el rey don Sebastián.  
¿Supongo que de una historia  
tan pública oísteis algo?

Gab. ¡Si viérais qué poco valgo  
en eso de la memoria!

Rod. En vuestro horno no me estraña  
que estéis de noticias falto.

Gab. Sé que a su muerte, de un salto  
pasó Portugal a España.

Rod. Justo: más hoy los noveles  
vasallos, por sacudir  
sus leyes, dan en decir  
a los pueblos a ellas fieles  
que ha sido una usurpación,  
y pregonan de concierto  
del rey en África muerto  
la fausta resurrección.

Gab. ¡Oiga! No está mal pensado.

Rod. No, mas la dificultad  
era el dar en realidad  
con el rey resucitado.  
Buscósele con esmero,  
y hallóse por toda cosa  
un tal Gabriel Espinosa  
en Madrigal pastelero.

Gab. Vamos, ya caigo; el error  
de esta semejanza mía  
hizo a vuestra señoría  
creer que soy...

Rod. *(Interrumpiéndole.)* Un impostor.

Gab. ¿Quién lo dice?

Rod. Yo lo digo,  
y el rey Felipe y el mundo  
entero.

Gab. Pues miente el mundo  
y el rey, y vos, don Rodrigo.

Rod. Inútil es vuestra audacia:  
testigos tengo allá fuera  
que os acusan por doquiera  
por impostor.

Gab. ¡Vaya en gracia!

Mas permitid que os arguya:  
para llamarme impostor,  
esa impostura, señor,  
ha de ser mía y no suya.  
¿Y dónde hay hombre capaz  
de jurar que he dicho yo  
que era el rey?

Rod. Vos mismo, no.

Gab. Entonces dejadme en paz.  
Si yo me parezco a un rey,  
y el vulgo por rey me tiene;  
citar al vulgo os conviene,  
pero no a mí, ante la ley.

Rod. ¡Espinosa!

Gab. Don Rodrigo,  
aunque en leyes sois muy ducho,  
os falta que aprender mucho  
para habéros las conmigo.  
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,  
que a ser yo el que habéis pensado  
estaríaís vos sentado

*(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme  
va hablando Gabriel.)*

y cubierta la cabeza?

Rodrigo de Santillana,  
a ser yo el que habéis creído,  
hubiérais vos ya salido,  
¡vive Dios!, por la ventana.

Rod. (Por quien soy, que me ha turbado.  
¿Si contaran con razón  
lo de la resurrección?)

Gab. (¡Pobre juez!)

Rod. (No habría osado  
palabras tan arrogantes

decir.) Señor... Si en mal hora...

Gab. Ni tan bajo como ahora,  
ni tan alto como antes.

Rod. (Tanta majestad me asombra.)  
Gabriel, quien quier que seáis,  
manda en mí el Rey que digais  
quién sois, en fin.

Gab.

Una sombra;

y porque acabemos, voy,  
 y afanes para excusaros,  
 señor Santillana, a daros  
 cuenta exacta de quién soy. *///*  
 Nací donde quiso Dios:  
 si de noble raza, bien  
 se demuestra en mí: de quién,  
 me importa callar, y a vos  
 saber de mí no os importa;  
 prestadme, empero, atención,  
 pues va a ser mi relación,  
 cuanto complicada, corta.  
 Apenas cumplí la edad  
 que se llama juventud,  
 con loca solicitud,  
 con ciega temeridad,  
 abandoné mis hogares,  
 y en más remoto hemisferio,  
 dueño del mayor imperio,  
 pirata fui de los mares.  
 En ellos, profundo osario  
 de cien bajeles, guerrero  
 alcé mi estandarte fiero  
 de Asia y Europa corsario,  
 y amontoné más tesoros  
 que guarda el mar en su centro  
 y arenas quemadas dentro  
 de sus desiertos los moros.  
 Ebrio con tanta riqueza,  
 dejé mi gente y la mar,  
 queriendo en tierra ostentar  
 mi valor y mi grandeza,  
 y con el nombre supuesto  
 de marqués de Mari-Alba,  
 al lado del duque de Alba  
 gané en sus glorias un puesto  
 y en la cabeza esta herida; (*La muestra*)  
 bien es que al que me la abrió,  
 con mi espada le abrí yo  
 las puertas de la otra vida.

- Rod. No os daría poca pena después.
- Gab. ¡Fué un fatal desliz!...
- Rod. No es mala la cicatriz (*Mirándole a la frente*)
- Gab. La cuchillada fué buena.  
No me tendió, sin embargo;  
el furor me mantenía,  
y combatí todavía  
hasta caer, tiempo largo.  
Mas, hartó al fin del oficio  
de lidiar en tierra firme,  
licencia para salirme  
por entonces del servicio  
al duque de Alba pedí;  
diómela el duque cortés,  
y vedla. (*Le da un papel.*)
- Rod. Su firma es;  
para el Marqués...
- Gab. Para mí.  
Di, pues, vuelta hacia la corte,  
sirviéndome mucho en ella,  
primero, mi buena estrella,  
después, mi lujoso porte.  
Por ese tiempo, de vos  
nadie hablaba todavía,  
y a mí el Rey me recibía  
con grande amistad.
- Rod. (*Gran Dios,*  
entonces fué cuando vino  
el Monarca portugués  
a Castilla! ¡Será, pues,  
ese hombre!) ¿Quién previno  
más festejos a usarced?
- Gab. No hay por qué ocultarlo al fin:  
el conde de Medellín  
con tantos me hizo merced,  
que corresponder no supe,  
como era mi obligación.
- Rod. ¿Y os tuvo tal atención  
en Madrid?
- Gab. No, en Guadalupe.
- Rod. ¿En ese pueblo?



Gab.

Sí tal.

Rod.

Gab.

No recuerdo que de allí...  
Al Rey de España en él vi  
junto al Rey de Portugal.  
Después... abrid, Santillana,  
un paréntesis aquí,  
y poned en él de mí  
cuanto mal os diere gana.  
Básteos saber, don Rodrigo,  
que perdí mi oro y mi gloria  
sin que una buena memoria  
me quedara, ni un amigo.  
Por tierra extranjera auduve  
errante, como un bandido,  
y el pan que en ella he comido  
que mendigármelo tuve.  
¿Mas el desengaño, al fin,  
qué ánimo feroz no doma?  
Llegué arrepentido a Roma  
remando en un bergantín.  
Visité a Su Santidad:  
confesión le hice de todo,  
y el Santo Padre halló modo  
de absolverme en su piedad,  
dándome por penitencia  
de los pecados sin cuento  
que abrasan mi pensamiento  
y me abruman la conciencia,  
que emprendiera el viaje entero  
del Santo Sepulcro a pie.  
¿Y lo hicisteis?

Rod.

Gab.

Por la fe

lo juro de caballero.  
Y aun fué más: Su Santidad  
me ordenó que renunciara  
mi jerarquía y que echara  
mi nombre en la eternidad.  
He aquí por qué no os lo digo.  
Penitente le arrojé  
dentro de ella, y le olvidé  
para siempre, don Rodrigo.  
¡Interesante proemio!

Rod.

Gab. Y a ser tan cierto... Lo es tanto,

que tengo del Padre Santo  
por testimonio y por premio  
esta bula. Me conviene  
que la leais. (*Le da otro papel.*)

Rod. Os la tomo.

No está vuestro nombre.

Gab. ¿Y cómo,

si a quien se dió no le tiene?

Rod. Proseguid.

Gab. Mi protector,  
el Papa, en sus santos juicios,  
utilizar mis servicios  
imaginó, y fiador  
constituyéndose mío,  
me envió a un poderoso Estado,  
que al verme tan bien fiado  
fió un bajel a mi brío.  
Venecia fué nuevamente  
del corsario protectora:  
ved de tan noble señora,  
don Rodrigo, la patente.

(*Le da otro papel.*)

Volví al mar: del africano  
las costas guardando anduve,  
y en un combate que tuve  
los dos dedos de esta mano  
perdí; mas su nave, hundida,  
cogí a mi enemigo preso.

La mano llevo por eso  
siempre en el guante metida.

El rumbo a Venecia di  
contento, cuando topé  
con un barco de no sé  
qué argelino, resolví  
abordarle, y por despojo  
de esta sangrienta jornada,  
rescaté una desgraciada  
niña, a quien con noble arrojo  
defendía un pobre anciano,  
y a quien, según esperaba,

iba a vender por esclava  
el argelino inhumano.

Rod. ¿Y esa niña es doña Aurora?

Gab. Que pasa por hija mía.

Rod. ¿Familia, pues, no tenía?

Gab. Y tiene.

Rod. ¿Por qué hasta ahora  
no se la habéis vos devuelto?

Gab. Necesito presentar  
documentos que probar  
puedan que es ella, y resuelto  
estoy conmigo a guardarla  
mientras tanto.

Rod. ¿Y dónde están  
los documentos?

Gab. Vendrán  
muy pronto; porque entregarla  
mucho a sus padres me importa.  
Pensáis que él os dé...

Rod. Al contrario:  
Gab. las riquezas del corsario  
son para ella.

Rod. Porción corta  
no será.

Gab. ¡No habrá a fe mía  
quien competirle pretenda!  
Millones tiene en hacienda,  
millones en pedrería.

Rod. ¿Dónde?

Gab. En Venecia.

Rod. ¿Estarán  
en el poder?...

Gab. Del Estado:  
es ahijada del Senado  
serenísimo, y tendrán  
que devolvérsela salva  
sus parientes a Venecia  
rica y libre, cual la precia  
el Marqués de Mari-Alba.  
Ya nuestra historia sabéis,  
a qué vine a Madrigal  
y a qué voy a Portugal,

- indagadlo si podéis.  
Ni sabréis de mí otra cosa,  
ni nadie más de mí sabe.  
Sólo Dios tiene la llave  
del corazón de Espinosa;  
y si más de lo que digo  
saber importa a la ley,  
llevadme a Madrid, el Rey  
me conoce, don Rodrigo.  
**Rod.** (Su altivez en confusión  
me pone y su majestad  
me asombra. Será verdad  
lo de la resurrección?  
Si miente, lo hace con tal  
aplomo y con tanta fe,  
que a poco más le daré  
por el Rey de Portugal.  
Mas no ha de quedar por mí:  
yo he de apurar nuestro arcano:  
no dirán que de un villano  
impostor juguete fuí.)  
(Llama don Rodrigo y habla en secreto con un  
alguacil, que se vuelve a marchar.)  
**Gab.** (Secretos con el ministro  
de justicia? Estoy al cabo:  
tenemos careo: alabo  
por sorprendente el registro.)

## ESCENA VII

*DON RODRIGO, GABRIEL y el MARQUES DE TAVIRA*  
*Gabriel se aparta a un lado, y, sentándose, se mantiene en toda*  
*esta escena dando la espalda al Marqués*

- Rod.** Señor Marqués, perdonad  
si cumpliendo obligaciones  
de juez...  
**Marq.** Vuestras atenciones  
os agradezco, en verdad;  
pero advertid que mañana,  
quiero dejar a Castilla,  
y que el mesón de una villa  
no es el lugar, Santillana,



que me conviene: os prevengo  
que hombre soy muy principal  
y de todo Portugal  
la sangre más limpia tengo.

**Gab.**

(*Aparte*)

(Si mi mente no delira,  
por Dios, que está en mi presencia  
la hinchada magnificencia  
del buen Marqués de Tavira.)

**Rod.**

No os he de faltar en nada;  
mas quiero que me digais  
sin doblez, cuanto sepais  
de aquella fatal jornada  
de Africa: corre el rumor  
por ahí de que no es cierto  
que don Sebastián ha muerto;  
y aun hay algún impostor  
que usurpa su augusto nombre.

**Gab.**

(*Mirándole.*)

(Y el gesto y el ademán.  
¡Pobre rey don Sebastián  
si en manos cae de ese hombre!)

**Rod.**

Conque decid, es verdad  
que en Africa el rey murió?  
Que allá estuvisteis sé yo  
con toda seguridad.

Hablad, Marqués de Tavira,  
vuestra nobleza es notoria:  
no echéis en su ejecutoria  
el borrón de una mentira.

**Marq.**

Inexperto capitán,  
de mi edad en el vigor  
esclavó fué mi valor  
de mi rey don Sebastián.  
Juntos un mismo bajel  
a tierras del africano  
nos llevó; como un hermano  
al combate fui con él.  
Un mar de sangre corrió:  
pero al partirse, la suerte  
sólo el baldón y la muerte  
a nosotros nos tocó.

Gab. (No sé por qué la memoria  
de este lance me entenece  
y mi irrita: no parece  
sino que cuentan mi historia.

Marq. El rey, que escudo y celada  
tiró para más grandeza  
de valor, en la cabeza  
recibió una cuchillada  
tal, que la frente serena  
le rajó hasta la nariz.

Rod. (A Gabriel)  
¡No es mala esa cicatriz!  
La cuchillada fué buena.  
Seguid. (Al Marqués.)

Marq. El rey, nuevo Marte  
de tan sangrienta jornada,  
continuó rota la espada  
defendiendo su estandarte,  
hasta que el filo fatal  
de un yatagán africano,  
segó de su izquierda mano  
dos dedos.

Rod. (A Gabriel.) Si no oí mal.  
me habéis dicho...

Gab. (Con calma y sin volverse.)  
Que perdi  
dos dedos en un combate  
naval.

Rod. — Marqués, el remate  
de la batalla.

Marq. Caí  
bajo un hachazo a los pies  
de mi rey... y no viví más;  
perdí el sentido.

Rod. Quizás

Marq. al recobrarlo después...  
Ya no lo hallé: con la luna  
tomé del mar el camino,  
maltratado peregrino,  
caballero sin fortuna,  
llevando en el corazón  
el recuerdo de una hazaña

- que será, no para España,  
para su rey, un baldón.  
Rod. ¡Señor Marqués de Tavira!  
esa frase infamatoria...  
Marq. No tendrá mi ejecutoria  
el borrón de una mentira.  
Rod. Con que, en fin, ¿el rey murió?  
Marq. No lo sé, ¡por vida mía!  
Si lo supiera os diría,  
señor alcalde, que no.  
Rod. *(Al Marqués, llevándole a parte.)*  
¿Buena memoria tenéis?  
Marq. Buena.  
Rod. ¿Y vista?  
Marq. Perspicaz.  
Rod. Si vive y le véis, ¿capaz  
de conocerle seréis?  
Marq. ¡Si vive habéis dicho!  
Rod. Sí.  
Marq. ¿Tenéis, pues, noticias de él?  
Rod. ¿Recibisteis un papel  
anónimo?  
Marq. Recibí  
uno ayer.  
Rod. ¿Y qué os decía?  
Marq. Las señas de un personaje  
me daban, que iba de viaje  
y aquí a hospedarse vendría.  
Mandábanme a un comerciante  
que me daría dinero  
para pagar del viajero  
el gasto, y que en el instante  
fuera a cobrarlo y corriera  
con el pago, y tras el tal  
viajero hacia Portugal  
la vuelta sin falta diera.  
Rod. ¿Y cobrásteis?  
Marq. Si cobré.  
Rod. ¿Y pagásteis?  
Marq. ¿Pues cobrado  
por mí, no fuera pagado?  
Rod. Perdonad: ¿e ireis?

- Marq.** Iré.
- Rod.** ¿Luego sabéis de quién es el anónimo?
- Marq.** Aunque no lo sé jamás me engañó en uno.
- Rod.** Os ha escrito, pues, otros?
- Marq.** Varios.
- Rod.** Sobre asuntos...
- Marq.** Secretos.
- Rod.** Mas ¿ciertos?
- Marq.** Sí.  
Siempre que salieron, ví ciertos en todos sus puntos.
- Gab.** (*Aparte*)  
¡Con famosos servidores cuenta el rey don Sebastián!  
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan con tontos o con traidores!)
- Marq.** Si he concluído, no es cosa de estarme aquí sin provecho.
- Rod.** Perdonadme que aún insista: mas ya que memoria y vista tenéis, de ese hombre en acecho estad, y del rey en nombre os mando decir, Marqués, si le conocéis, quién es.
- Gab.** (*Aparte*)  
(Santillana es todo un hombre.)
- Marq.** (*Aparte*)  
(¿Qué diablos de juego es este? ¡Posición más engorrosa!)
- Rod.** (*A Gabriel*)  
Señor Gabriel Espinosa, permitid que os manifieste que habéis descortés andado con el Marqués de Tavira, que está mirandoos con ira.
- Gab.** Se lo habéis vos ordenado?
- Rod.** Ved que son los portugueses quisquillosos; despedidle



- al menos: vamos, decidle  
cuatro palabras corteses.  
Gab. Voy, pues que vos lo queréis.  
Rod. (Yo apuraré la mentira.)  
Gab. ¿Señor Marqués de Tavira?  
Marq. ¡Jesucristo!  
Gab. ¿Qué tenéis?  
Marq. ¡Señor... sois vos... aún vivís!  
Gab. ¡Si vivo!, ¿pues no lo veis?  
¿Pero qué diablo decís!  
Marq. ¡Ese gesto, ese ademán,  
esa voz, ese semblante  
que no olvidé ni un instantel  
Es el rey don Sebastián. (*Cae de rodillas*)  
Gab. ¡Imbecil!, ¿a ser de cierto  
don Sebastián, no reparas  
que antes que me delataras  
a mis pies te hubiera muerto?  
Marq. ¡Jesús!  
Gab. ¿Señor Santillana,  
que sé, dareis por supuesto,  
que sois vos quien me ha dispuesto  
una farsa tan villana?  
Rod. ¡Yo! ¡Farsa!... ¿y con qué interés?  
Gab. Salta a los ojos: es fuerza  
que ya la opinión se tuerza  
del buen pueblo portugués.  
Interesa a un impostor  
ahorcar porque más en él  
no espere, y soy yo, Gabriel,  
el que os parece mejor.  
Ya veis que os he comprendido.  
Vos y ese hombre los traidores  
sois aquí y los impostores:  
con él estáis convenido.  
Rod. ¡Yo!  
Gab. Traedme otro marqués  
como ese: aunque sean doce.  
Ni ese sandio me conoce,  
ni es noble ni portugués.  
(*Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto,  
dejando estupefactos al Marqués y a don Rodrigo*)

## ESCENA VIII

*DON RODRIGO y el MARQUÉS DE TAVIRA*

- Rod.** Ese hombre me va a volver  
el juicio a mí. ¡Por mi vida  
que está buena la salida!  
No me queda más que ver.  
Mas me pone en confusión  
su aplomo, su majestad  
y su audacia... habrá verdad  
en esta resurrección?
- Marq.** Sandio dijo... sandio soy,  
mas contenerme no pude.
- Rod.** ¿Es él?
- Marq.** No habrá quien lo dude.
- Rod.** ¿Estáis seguro?
- Marq.** Lo estoy.
- Rod.** ¿Engañado no os habrán  
vuestro error y su apariencia?
- Marq.** No.
- Rod.** ¿Juráis en conciencia?
- Marq.** Que es el rey don Sebastián.
- Rod.** (Llamando)  
El capitán Santillana.

## ESCENA IX

*DON RODRIGO, el MARQUES y DON CESAR*

- Rod.** Ruégoos que me perdoneis,  
señor Marqués, mas me obliga  
mi deber a hacer que el viaje  
suspendáis.
- Marq.** (Ya no podría  
continuarle: ya le he visto  
y a verle nada más iba.)
- Rod.** (Escucha. César.) (Aparte a don César)
- César.** (Decid.)
- Rod.** Antes de que apunte el día  
deben de partir los presos.
- César.** ¿Adónde van?
- Rod.** A Medina  
del Campo.

Cesar

¿Pues qué razones  
hay?

Rod.

Dos: aquí la atrevida  
audacia de algunos pocos  
que mucho a Gabriel estiman,  
pudiera hacer un arresto  
y burlar a la justicia.

Cesar

¿Sabeis pues?...

Rod.

Yo no sé nada.  
La situación se complica  
de tal modo, que no hay ciencia  
ni sagacidad que sirvan  
para dominarla. Doña  
Ana de Austria, sobrina  
del rey y abadesa ahora  
de las monjas Agustinas  
de Madrigal, y atras muchas  
personas como ellas dignas  
de respeto, es menester  
que declaren. En la villa  
de Madrigal peligroso  
fuera instalarme: en Medina  
hay cárcel segura, estoy  
casi a la distancia misma  
de aquí que de Madrigal,  
y hay algunas compañías  
de arcabuceros.

César

Pues tantas  
precauciones son precisas?

Rod.

Todas son pocas tratándose  
de una cabeza proscrita,  
que puede hacer la desgracia  
de toda una monarquía.  
Tú le escoltarás, y luego  
partirás a toda prisa  
a la corte, para el rey  
con una consulta mía.  
Voy a mandar las literas  
traer, y estar prevenida  
la escolta que has de llevar.  
César, la más exquisita  
vigilancia ten: con ellos

vas guardando nuestras vidas.  
Adiós. Seguidme si os place,  
señor Marqués de Tavira.

## ESCENA X

DON CESAR; después DOÑA AURORA

*Don César aguarda a que se vayan don Rodrigo y el Marqués escucha un momento a la puerta del fondo y va a abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaución.*

**Cesar** Aurora... Aurora... cerráronla  
en la cámara vecina,  
sin duda porque no oyera  
lo que en ésta sucedía.  
*(Entra y vuelve a salir con doña Aurora.)*  
Venid, Aurora.

**Aur.** ¿Qué pasa,  
capitán, que así os obliga  
a llamar?  
*(Don César cierra la puerta del fondo.)*

¿A qué cerrais  
las puertas con tanta prisa?  
**César** ¡Aurora, Aurora! Esta casa  
es ya una cárcel sombría  
para vosotros.

**Aur.** ¡Dios mío!  
¿qué decís?

**Cesar** De la justicia  
en poder estais. Gabriel  
con impertinencia inaudita  
se obstina en callar, e inútil  
todo es con él. Ni le obligan  
las ofertas, ni le mueven  
los ruegos, ni le dominan  
las amenazas. Impávido  
hacia el abismo camina  
con el semblante sereno  
y en los labios la sonrisa,  
cual si pudiera de un soplo  
disipar la enfurecida  
tempestad en que sin rumbo  
va la nave de su vida.

**Aur.** Capitán, es inflexible:  
sus acciones son siempre hijas  
de una decisión resuelta  
y de una convicción íntima,  
y no cede.

**César** Pues os lleva  
esa condición altiva,  
hoy anies que raye el alba,  
a la cárcel de Medina  
bajo mi custodia.

**Aur.** ¿Entonces?  
**Cesar** Ya os he dicho que no había  
ley ni deber que valiera  
para mí lo que una minima  
insinuación vuestra. Habladle  
vos, que sois su amor,—su hija:  
habladle y decidle: huyamos:  
don César nos facilita  
la fuga, huyamos...» y huid,  
Aurora: y ya que mi vida  
por un tenebroso arcano  
que vuestro padre no explica,  
está, ¡ay de mí! para siempre  
de la vuestra dividida,  
huid; y al menos debédme la  
aunque pierda yo la mía.  
Huid: nada hay que me espante:  
seré traidor, si es preciso  
la traición para salvaros.

**Aur.** Dios hará que tal mancilla  
sobre vuestro honor no caiga,  
(*Mira por el hueco de la cerradura del  
cuarto de Gabriel.*)  
él va a salir... ¡que me asista  
rogad al cielo!... y dejadme  
con él.

(*Vase don César, cerrando la puerta.*)

Trae embebida  
su alma en los pensamientos  
de hiel que le martirizan.

(*Sale Gabriel sombrío, los brazos cruza-  
dos, sin ver Aurora, que se ha retirado a  
un lado, y habla consigo mismo.*)



ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

**Gab.** A él solo, sí, desenredar le toca  
la peligrosa red que se me tiende;  
sólo el rey puede descoser mi boca;  
él solo; si me salva o si me vende,  
él con Dios se verá: no es cuenta mía.  
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea  
la que el cielo me dé; mas vendrá un día  
en que todo mortal con Dios se vea,  
y en aquel día en que de Dios espero  
temblar ante el semblante soberano,  
yo, de cetro en lugar, tener prefiero  
una palma de mártir en la mano.

**Aur.**

**Gab.**

¿Ni una mirada para mí?  
Si Aurora,  
único sol que en mi sombra frente  
disipa con la luz de una sonrisa  
las nubes del pesar que la ennegrecen,  
perdóname si en reflexiones tristes  
abismado ante tí pasé sin verte.  
Mas, ¿por qué el llanto tu mirada en-  
[turbia?

¿por qué la agitación que te conmueve?  
¿Qué te asusta, mi bien?

**Aur.**

Riesgos traidores  
te acechan por doquier, tal vez la  
[muerte.

¿Y te admira, señor, de que mi llanto  
copioso y triste mis mejillas riegue?  
Te engañas.

**Gab.**

**Aur.**

Tú, la misteriosa nube  
que impenetrable tu existencia en-  
[vuelve,  
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue  
de un juez, terror de cuantos nobles  
[seres

asilo hallaron, nacimiento o nombre  
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.  
¿Quién te lo ha dicho?

**Gab.**

**Aur.**

Ya lo sé.

- Gab.** Pregunto  
quién te lo ha dicho.
- Aur.** El capitán que tiene  
más de leal, de noble y generoso  
que tú de franco con quien más te  
[quiere.
- Gab.** ¡Auroral
- Aur.** No receles que mis labios  
dejen salir palabras imprudentes,  
que a pulso de un amor desatinado  
compliquen más la situación presente.  
¿De don César, al fin desventurada,  
al fuego dió tu corazón albergue?  
El corazón entero es de otro hombre  
y me son los demás indiferentes:  
ni te hablara yo de él en esta hora,  
que habrá de ser para los dos solemne.  
Yo quiero al capitán porque tú mismo  
me viniste a decir: «Aurora quíerele»;  
mas yo le quiero porque tú lo mandas,  
porque quiero no más lo que tú  
[quieres.
- Gab.** Quíerele, Aurora, porque ya es acaso  
el solo amigo que tu padre tiene.
- Aur.** ¡Mi padre, sí; mi cariñoso padre!...  
¿no es este el nombre que emplear  
[conviene  
en esta situación?
- Gab.** Silencio, Aurora:  
que es el encanto de mi vida advierte  
ese nombre feliz.
- Aur.** Pero ese nombre,  
dímelo de una vez, ¿te pertenece?
- Gab.** ¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo  
[dijo?
- Aur.\*** La que a tu lado y con placer mil  
[veces  
y acaso en busca de la paz perdida,  
veló tu sueño y sorprendió inocente  
tu secreto.
- Gab.** ¡Gran Dios! ¿y nada dije

de mi vida anterior? ¿de otros placeres,  
de otros tiempos en fin?

Aur.

Nada dijiste,  
nada, señor; mas aunque dicho hubieres  
en el pecho de Aurora lo enterraras,  
que en ti a sufrir como a callar  
[aprende.

Gab.

¡Miserable de mí! porque el misterio  
que intentan aclarar oculto quede  
siempre en mi corazón, ¿será preciso  
que yo mismo la lengua me cercene?  
(*Gabriel escucha desde aquí como distraído en  
sombrias reflexiones.*)

Aur.

¡Padre!

Gab.

Explícate, Aurora.

Aur.

Oye: al impulso  
de una curiosidad impertinente  
o de otro sentimiento inexplicable  
que en mí se agita y que en mi alma  
[enciende

la misteriosa luz de una esperanza  
lejana, incierta, misteriosa, débil,  
cedí, señor, y en la callada noche  
mi lecho abandone... porque a mi  
[mente

mil visiones de amor se amontonaron  
en confuso tropel, puras y alegres  
como las olas que la mar en calma  
sobre sus lomos incansible mece:  
como las aves que en el árbol saltan  
trinando al son de la escondida fuente.

Gab.

Prosigue, Aurora.

Aur.

Abandoné mi lecho,  
y al tuyo me acerqué, como quien teme  
ser sorprendido en criminal intento  
por un extraño que a su lado duerme.  
Tu faz un punto contemplé, y mi labio  
un ósculo filial posó en tu frente.

¿Me oyes, Gabriel?

Gab.

Prosigue, Aurora mía,

**Aur.** tu voz la voz de un ángel me parece.  
Al contacto sutil del labio mío  
sonreiste, señor; y tu voz débil  
oí que el nombre mío murmuraba  
entre esos ayes conque el mal divierte  
de una pasión, el que vivió en el mundo  
secretos hondos ocultando siempre;  
y entonces supe por la lengua misma  
que hablar en sueños indiscreta suele,  
que si es la tuya misterioso arcano,  
espesa sombra mi existencia envuelve.  
**Gab.** ¿Y entonces?

**Aur.** Me aparté ruborizada  
de quien mi padre no es: sentí más  
[fuerte  
latir mi corazón: sentí otra sangre  
circular por mis venas mas ardiente:  
sentí en presencia del mayor cariño  
mi cariño filial desvanecerse,  
y al apartarme de tu lecho trémula  
un ósculo de amor grabé en tu frente.

**Gab.** No lo digas jamás, Aurora mía.  
Jamás a nadie tu pasión reveles:  
quema los labios que en mi frente seca  
pusiste: quema el corazón rebelde  
que el cariño filial de sí arrojando,  
dió a mi cariño en su lugar albergue.  
**Aur.** Es ya tarde, Gabriel, mi amor es hija  
de tu callado amor.

**Gab.** Tú lo mereces:  
tú eres la sola flor que brotar hizo  
en mi camino Dios... Dios, que al po-  
[nerme  
sobre la tierra, me alfombró de espinas  
la senda que mis pies recorrer deben;  
pero yo no merezco tu amor santo:  
yo soy un árbol cuyo tronco estéril  
despojado de vida por el rayo,  
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.  
**Aur.** No, no: tú eres un árbol cuya sombra  
cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe  
mi pobre corazón, de quien tú solo

sombra, delicia y alimento eres.  
Dios me entregó a tus brazos en mi  
[infancia,  
porque Dios quiso que en tu pecho  
[ardiente  
brotase, para encanto de tu vida,  
de esta pasión correspondía el ger-  
[men.

**Gab.** Tienes razón, Aurora, reconozco  
en tu amor la piedad omnipotente.  
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo  
te envía... un ángel de los cielos eres.  
Escúchame, Gabriel.

**Aur.**

**Gab.**

**Aur.**

Habla.

En el nombre  
de esa pasión que en nuestras almas  
[hierva,  
desaparezcan hoy estos misterios  
que nuestras dos historias oscurecen.  
Imposible.

**Gab.**

**Aur.**

No temas que me espante,  
Gabriel, ni me arrepienta, conocién-  
de haberte amado nunca. [dote,

**Gab.**

**Aur.**

Es imposible.

Habla. Dime quién soy, dime quién  
[eres.

Si eres villano y en tus venas viles  
la sangre impura y maldecida tienes  
de raza hebrea o de marisca tribu,  
yo te amaré, Gabriel; si reales puedes  
ostentar de tu estirpe en el escudo  
coronados y espléndidos cuarteles,  
yo te amaré, Gabriel: si eres acaso  
criminal fugitivo por mí temes  
de un patíbulo infame la deshonra  
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres  
a un sacerdote, y que con lazo eterno  
anude nuestras almas; y no pienses  
que el deshonor de criminal memoria  
me humille: te amo con amor tan fuerte,  
que oraré mientras viva en tu sepulcro,  
orgullosa del nombre que me dejes.



**Gab.** ¡Calla, Aurora, deliras!

**Aur.** Un momento,  
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.  
Si eres un impostor, un ambicioso,  
cogido al fin entre sus propias redes,  
huyamos: tienes ocasión y tiempo:  
sí, nuestra fuga el capitán protege,  
huyamos, nuestro amor y nuestra in-  
[famia  
arrastrando a remoto continente.

**Gab.** ¡Aurora!

**Aur.** Hoy a la cárcel de Medina  
rayando el alba trasladarnos deben,  
y el capitán que en nuestra guarda  
[parte...

**Gab.** Silencio, Aurora. ¿Deshonrarle quieres  
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo  
cuando en su guardia el infeliz me lleve  
morirá en mi lugar, y que al fugarme  
me doy por criminal siendo inocente?  
Yo no huiré: jamás: ni sé, ni quiero,  
ni nací para huir: ya muchas veces  
la he visto cara a cara, y en el pecho,  
no por la espalda, me herirá la muerte.  
**Aur.** Hiéranos a los dos un mismo golpe.  
**Gab.** Tú no debes morir: aún que hacer tienes  
sobre la tierra.

**Aur.** ¿Qué sin tí?

**Gab.** Llorarme,

**Aur.** ¿Me lo mandas?

**Gab.** Yo, no; Dios obedece.  
Dios me pone en los labios un candado,  
no lo intentes romper. Pura, inocente,  
noble eres tú: si a deshonrada tumba  
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.  
Inclina, Aurora, la cabeza humilde  
bajo la voluntad omnipotente,  
y ora en mi tumba sin vergüenza: Au-  
[rora  
mártir me quiere Dios, y obedecerle  
es fuerza: vive: y si te dice el mundo  
que he sido un impostor, el mundo

[miente.  
Yo no he dicho jamás que era el que  
[buscan  
y a morir me enviarán sin conocerme.  
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora  
mientras los hombres libertad te dejen;  
y si te culpan como a mí, en silencio,  
digna siempre de mí, como yo muere.  
**Aur.** ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,  
Gabriel: digna de ti quiero ser siempre.

## ESCENA XII

*DOÑA AURORA, DON CÉSAR y después DON RODRIGO*

**Cesar** Don Rodrigo sube.  
**Gab.** (*A don César.*) Oid,  
antes. Si en algo apreciáis  
a Aurora, ved como enviáis  
ese papel a Madrid.  
(*Gabriel le da una carta a don César, que la toma  
rápidamente.*)  
**César** Sabeis que mi fe la aprecia  
en más que en mismo honor.  
Yo le llevaré.  
**Gab.** Al señor  
embajador de Venecia.

## ESCENA XIII

*DICHOS, un ALGUACIL; y después DON RODRIGO*

**Alg.** (*Entrando.*)  
Su señoría.  
**Gab.** Aguardamos  
sus órdenes.  
**Rod.** (*Entrando.*) Os espera  
allá abajo una litera,  
señor Gabriel.  
(*Gabriel tomando de la mano a doña Aurora y  
dirigiéndose a la puerta, dice:*)  
**Gab.** Pues partamos  
**Rod.** ¿Ni inquirís adónde vais  
ni tomáis vuestro equipaje?  
**Gab.** Vos que disponeis mi viaje

sabréis cómo me llevais.

Conmigo.

Rod.

Gab.

Pues ya tardamos.

Rod.

Vuestros cofres van con sellos.

Gab.

Haced lo que os plazca de ellos.

Rod.

Pues cuando gustéis.

Gab.

Pues vamos.

*(Vanse delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don César.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

*Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo, balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel; puerta a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.*

### ESCENA PRIMERA

*DON RODRIGO y el ESCRIBANO sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente y como ajeno a lo que pasa a su alrededor*

**Escri.** Señor, no duermes.

**Rod.** ¡Y qué mal halláis en que esté despierto!

**Escri.** Que escucha.

**Rod.** Es un hombre muerto; que escuche o no, ya es igual, seguid leyendo.

**Escri.** *(Tomando un papel de la mesa.)*

Un oficio del doctor don Juan de Llanos.

**Rod.** ¿Qué dice?

**Escri.** Que siendo vanos interrogatorio y juicio, mandó dar a Fray Miguel el día cinco tormento.

**Rod.** ¿Y qué dijo?

**Escri.** Que era invento suyo lo de que Gabriel fuese el Rey de Portugal, y que le movió a este engaño el intento de hacer daño al rey don Felipe.

**Rod.** Mal salió. Leed.

**Escri.**      (*Otro papel*) Petición  
de la nominada Aurora.

**Rod.**      ¿Y qué pide esa señora?

**Escri.**      Ver a su padre.

**Rod.**      Ocasión

llegará de que le vea  
cuando ya esté confirmada  
su sentencia, y no haya nada  
que temer de que así sea.

**Escri.**      (*Otro papel*)

Novena solicitud  
del preso llamado Arbués.

**Rod.**      ¿Qué solicita?

**Escri.**      Que pues

vivirá poco, en virtud  
de haberle dado tormento,  
se quisiera despedir  
de su amo antes de morir.

**Rod.**      No ha lugar, hasta el momento  
de la real confirmación.  
de su sentencia, si vive.

**Escri.**      (*Otro papel*)

Una carta que os escribe  
un anónimo.

**Rod.**      Cuestión

diaria,—amenazas, fieros,  
contra mí y contra los jueces:  
juramentos y sandeces  
de rebeldes o embusteros.—  
Adelante.

**Escri.**      (*Una carta*) Para el juez  
don Rodrigo Santillana;  
carta que hoy por la mañana  
llegó de Madrid.

**Rod.**      ¡Pardiez!

¿Y así os estábais con ella?

Dadme acá.

**Escri.**      Tomad, señor.

**Rod.**      De César. (*Legendo*)

«Del portador  
mañana sobre la huella  
partiré: media jornada



ante mí llegará a esa:  
ni puedo darme más priesa,  
ni hasta hoy el rey hizo nada.»  
¡Gracias a Dios que tocamos  
con el fin de ese proceso!  
Llevaos vos todo eso,  
Escribano.

**Escri.** ¿Os esperamos?

**Rod.** Afuera; y si algún correo  
de la corte de Madrid  
llega, que suba decid  
al punto.

**Escri.** Está bien.

(*Vase el Escribano.*)

## ESCENA II

*GABRIEL y DON RODRIGO*

**Rod.** (*Aparte.*) (Deseo  
salir de este laberinto  
de una vez, y de ese hombre  
a quien no hay nada que asom  
Me repugna por instinto. bre  
Su faz sombría, su calma  
imperturbable, su irónica  
conversación, su sardónica  
sonrisa eterna, en el alma  
me infunde honda inquietud;  
no me acusa la conciencia  
de nada; dí la sentencia  
con severa rectitud,  
conforme a la ley; mas presiento  
que hay en todo esto un arcano  
que sonar pretendo en vano,  
la obra de la justicia.  
Exhala ese hombre satánico  
no sé qué de frío y pánico...  
creo que me maleficia.  
En fin, poco resta ya.  
Si el rey la sentencia envía  
firmada, el último día  
es hoy que calor le da.)  
¿Dormís, señor Espinosa?

Gab. Casi, casi, señor juez.

Rod. ¿Cansado estáis?

Gab. ¡Psé!

Rod. ¿Tal vez  
sufrís dolor?

Gab. Poca cosa.

Rod. Aquí estaréis menos mal  
que en la torre.

Gab. Así, así.

Rod. Que apreciarais más creí  
mi caridad.

Gab. Me es igual.

Rod. ¿Tal vez me guardéis rencor  
por la cuestión?

Gab. ¡Brava pena,  
por Dios!

Rod. La prueba fué buena.

Gab. Pudo haber sido mejor.

Rod. Confieso que fué cruel  
el tormento.

Gab. Pero inútil.

Rod. ¿Lo creéis prueba tan fútil?

Gab. Ya lo veis.

Rod. Volver a él  
podemos aún.

Gab. Volviérais

a ver lo que vísteis ya.

Rod. La segunda vez quizá  
vuestro silencio rompíerais.

Gab. Sería inútil fatiga;  
y ahora que hablamos de esto:  
de hoy para entonces protesto  
contra todo cuanto diga,  
y ya podéis calcular

que si en negar doy después  
lo dicho, el tormento es  
cuento de nunca acabar.

Rod. ¡Por Dios que sois hombre fuerte,  
y gastáis bizarro humor!

Gab. Soy terco y sufro el dolor;  
soldado soy, y a la muerte  
voy como iba a la pelea:

- más despacio o más aprisa  
hallarla es cosa precisa;  
mas temerla es cosa fea.
- Rod. Vuestra fortaleza envidio:  
mas noto en vos ha un momento  
tristeza y decaimiento.  
¿Qué tenéis?
- Gab. Que me fastidio.
- Rod. ¿Que os fastidiais!
- Gab. Sí, ¡a fe mía!  
Tres meses que aquí que es estoy,  
y lo mismo hacemos hoy  
que hicimos el primer día.  
«Traed ante mí a Gabriel.»  
Vuelta vos a preguntar,  
vuelta yo a no contestar.  
«Al calabozo con él.»  
Vuelve a amanecer el día,  
y vuelta a sacar al preso,  
y vuelta a leer el proceso,  
y vuelta a nuestra porfía.  
«Hablad, señor Espinosa.»  
«No quiero, señor alcalde.»  
«Que habéis de hablar.» «Que es en  
Y siempre la misma cosa. [balde.»  
No hubo más que la semana  
en que me disteis tormento  
que variara—y ya me siento  
casi bueno, Santillana.
- Rod. Me amedrenta, ¡vive Dios!  
vuestra eterna sangre fría.
- Gab. También me adrentaría  
a mí si fuera que vos.
- Rod. Vuestra osada impavidez,  
cada día toma creces.
- Gab. Sí; parecemos a veces  
el reo yo y vos el juez.
- Rod. Es que a veces hallo en vos  
un misterio que me espanta.
- Gab. Es que tal vez se levanta  
tras mí la sombra de Dios (*Pausa.*)
- Rod. Yo creo; señor Gabriel,  
que no es Dios, es Satanás

quien de vos está detrás,  
y os dejáis llevar por él.  
¿A qué hombre de sano seso  
no hartarán vuestras pesadas  
continuas balandronadas  
que llenan vuestro proceso?  
¿Qué son, pues, vuestras preñeces  
y siniestras reficencias?

Gab. Tembladlas, si son sentencias:

Rod. reídlas, si son sandeces.

Pues bien, hablad de una vez;  
si ese secreto fatal

existe en vos, hacéis mal  
de ocultarlo a vuestro juez.

Si sois quien juzgan, decid:

«Yo soy...» probadlo, y mañana...

Gab. *(Variando de tono.)*

¿Cuándo vendrá, Santillana,  
el capitán, de Madrid?

Rod. Hoy mismo.

Gab. ¡Gallardo mozo!

¿Le queréis mucho?

Rod. ¡Pues no,

si es mi hijo!

Gab. También yo

le quiero bien, y me gozo

con su vista. ¿No tenéis

más hijos que él?

Rod. Nada más.

Gab. ¿Ni los tuvisteis jamás?

Rod. Las preguntas que me hacéis,  
Espínosa...

Gab. son sencillas.

Rod. No sé qué se me figura

qué hay en ellas...

Gab. ¿Por ventura

os pregunto maravillas?

Tenéis un hijo mancebo,

y si hubisteis os pregunto

más que él: no hay en el asunto

de mi cuestión nada nuevo.

Rod. ¡Jamás podré conseguir

arrancar de vuestra faz  
ese sarcasmo tenaz!  
¿Qué me tenéis que decir?  
Acabemos, Espinosa:  
esa burlona altivez  
que excita en mí alguna vez  
una duda misteriosa,  
¿qué significa? Parece  
que no os habéis convencido  
de que jugado habéis sido,  
de que ya no os pertenece  
vuestra acotada existencia,  
y de que según la ley  
no falta sino que el rey  
confirme vuestra sentencia?  
¡Parece que en vuestro pecho  
hay una firme esperanza  
que os da audacia y confianza  
contra esa ley!

Gab.

Es un hecho.

¿Creéis que no firmará  
el rey?

Ro

Esa es cuenta suya:

Dios por sus obras le arguya.

Gab.

¿Le habéis vos escrito ya  
que pido verle?

Rod.

Y respuesta

aguardo; mas si apeláis  
al rey, en vano...

Gab.

[Me ahorcais,

y se concluyó la fiesta.

*Don Rodrigo mira a Gabriel con asombro: Gabriel permanece sereno.*

Rod.

Sospéchome que estais loco.

Gab.

Tal vez.

Rod.

Aunque más bien creo  
que es otro vuestro deseo.

Gab.

¿Cuál creéis?

Rod.

Ir poco a poco  
dilatando la sentencia,  
dando a entender que aún hay  
más que esperar de vos.



Gab.

Rod.

Quizás.

Pues os protesto en conciencia  
que hoy tendrá fin vuestro afán:  
si el rey no manda otra cosa  
morís hoy por Espinosa  
o por rey don Sebastián.  
Basta ya de dilaciones,  
harto estoy de toleraros,  
y me es ya en mengua trataros  
con tales contemplaciones.  
Vos sois un villano artero,  
un taimado embaucador,  
que esperáis suerte mejor  
dándoos por un caballero.  
¡Un necio, que aguarda en vano  
negándose a confesar,  
que nunca le han de matar  
como un infame pagano,  
sin confesión: mas caéis  
en un miserable error;  
si no queréis confesor,  
sin confesor moriréis,  
y no tenéis que cansaros:  
no me habéis de aventajar;  
si os obstináis en callar,  
yo me obstinaré en ahorcaros  
¿Ahora os reís?

Gab.

(*Riéndose*) ¡Sí por Dios!  
y no he muerto ya de hastío,  
porque, como ahora, me río  
mil veces.

Rod.

Gab.

Rod.

¿De qué?

De vos.

¿De mí? En vuestra audacia loca  
os olvidáis a mi ver,  
que os puedo mandar poner  
una mordaza en la boca.

Gab.

Verme mudo os diera pena:  
de que estoy persuadido,  
mi voz para vuestro oído,  
el cantar de la sirena.  
¡Mordaza! De vuestros fieros

a pesar. si lo procuro  
 de veras, estoy seguro,  
 señor juez, de adormeceros.  
 Ya me parece ¡pardiez!  
 que comenzáis a turbaros  
 y no he hecho más que miraros  
 Os voy a decir, buen juez,  
 lo que pasa en vuestro pecho:  
 a fuerza de ir y volver  
 sobre quien soy, de mi ser  
 un fantasma os habéis hecho.  
 Sér superior me imagina  
 vuestra razón exaltada,  
 y mi voz y mi mirada  
 os deslumbra y os fascina  
 Todo se os vuelve anteojos:  
 si os miro fijo a la cara,  
 os turbáis, como si echara  
 fuego o sangre por los ojos.  
 Si en paz llevando mi suerte  
 alejo de mí el pesar,  
 creéis que voy a evitar  
 con algún filtro la muerte.  
 Si de vuestros hijos hablo,  
 y por ellos os pregunto  
 no parece sino asunto  
 de vendérselos al diablo.  
 Si levanto un poco más,  
 estando solos, la voz, ¡oh! Ay,  
 cual de una bestia feroz,  
 teméis y os echáis atrás.  
 Y si al hablarme con saña  
 vos, os hablo con violencia,  
 os dobláis en mi presencia;  
 como ante el viento la caña.  
 Tan hondo y siniestro influjo  
 he adquirido sobre vos,  
 que no os lo demande Dios!  
 me estáis suponiendo brujo.  
 No parece, Santillana,  
 sino que sabéis que puedo  
 haceros temblar de miedo

cuando me diere la gana.  
¿Y no es verdad, don Rodrigo,  
no es verdad que mi semblante  
os está siempre delante,  
que andáis, que soñáis conmigo?  
¿No es verdad que se os alcanza  
que tendrá alguna razón  
al mostrar mi corazón  
tan osada confianza?  
¿No es verdad que todo cabe  
en hombres, y que tal vez  
en vuestra vida de juez  
hay algún secreto grave,  
que creéis hundido vos  
en la eternidad obscura,  
y que teméis por ventura  
que me lo revele Dios?  
¿No es verdad que cuando a solas  
hablo con vos, don Rodrigo,  
va vuestra alma en lo que os digo,  
como nave entre las olas,  
esperando de un momento  
a otro verse sumergida,  
por la mar embravecida  
de mi airado pensamiento?  
¿No es verdad que habéis cruzado  
una vez el Portugal,  
y cerca de Setubal,  
en mitad de un despoblado,  
un manasterio habéis visto,  
cuya sagrada vivienda  
fué teatro de una horrenda  
profanación?

**Rod.**

¡Jesucristo!

**Gab.**

¿No es verdad que cuando clavo  
mis ojos en vuestro rostro,  
os hieló el alma y os postro  
a mis pies como un esclavo?  
vuestra vida está en la mía,  
viviréis más que yo un día:  
si yo muero hoy, vos mañana.

**Rod.**

¡Dios me valga! (*Don Rodrigo se arrodiilla*)

Gab. ¡Calla! ¿Y vos  
lo tomáis como os lo digo?  
Si esto es farsa, don Rodrigo,  
serenaos, ¡vive Dios!  
Rod. ¿Conque es decir?...  
Gab. Que divierto  
mi fastidio, Santillana.  
Rod. *(FuriOSO.)*  
No haréis lo mismo mañana.  
Gab. *(Con calma.)*  
Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III  
*DICHOS y el ALGUACIL*

Alg. Su merced, el capitán  
Santillana.  
Gab. ¡Que nos cae  
del cielo!  
Rod. Y que el fallo trae  
del rey.  
Gab. Fin de nuestro afán.

ESCENA IV  
*DON RODRIGO, GABRIEL y DON CESAR*

Rod. ¿Traes tú los despachos?  
Cesar Sí.  
¿Mas que tenéis, padre?  
Rod. Nada.  
¿Traes la sentencia aprobada?  
César Sí.  
Rod. ¿Dónde está?  
César *(Dándole un papel)* Vedla aquí.  
*(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da don César y dice llamando.)*  
Rod. ¡Hola!  
*(Entran algunos Alguaciles y el Escribano.)*  
Cúmplase la ley.  
Avisad al confesor  
y al verdugo ejecutor  
de las justicias del rey.  
Escribano, evacua vos  
la postrera diligencia,

intimidarle la sentencia  
y que se encomiende a Dios.  
Señor.

César

Rod.

Escrí.

¡Silencio! Leed.

(*Empezando a leer.*)

Vista y fallada...

Rod.

(*Interrumpiéndole.*) Adelante:

la aprobación es bastante,  
fórmulas a un lado haced.

Escrí.

(*Leyendo.*) «Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el Marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastián, y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él, el mismo rey don Sebastián, antes ha contribuido a hacr creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores, que a su parecer pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que don Sebastián se



conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando: en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de Africa al monasterio de Belén donde vace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey, y usurpador del nombre del Rey don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo el rey.»

**Gab.**

*(Con ira.)*

¿Traidor o, impostor, infame?

¿Muerte a mí con tal afrenta?

Que Dios me lo tome en cuenta

*(Serenándose.)*

cuando a su juicio me llame.

*(Al Escribano.)*

¿Tenéisme más que leer?

**Escrí.**

Nada más.

**Gab.**

Pues despachemos

y tiempo no malgastemos.

Sea lo que haya de ser.

**Cesar**

*(¡Indomable corazón!)*

**Rod.**

*(¡Incomprensible fiereza!)*

Ni aún inclinó la cabeza

para oír la intimación.)

**Gab.**

Alcalde, estáis demudado,

trémulo... ¡por vida mía!

Cualquiera imaginaría

que era vos el sentenciado.

**Rod.**

*(Airado)*

Pronto lo viera. Tenéis

de vida tres cuartos de hora.

**Gab.**

Son las cinco y cuarto ahora.

**Rod.**

Encerradle.

Gab. (A don Rodrigo.)  
Hasta las seis.

Rod. Despejad.  
(Llevan a Gabriel a su encierro y vanse el Escribano y los Alguaciles por el fondo.)

## ESCENA V

DON RODRIGO y DON CÉSAR

César ¿Padre, qué es esto?  
Rod. Que es fuerza que ese hombre muera.  
César Dadle un día.  
Rod. Ni siquiera.  
una hora.

César Que dispuesto  
muera al menos cual cristiano.

Rod. Muera, y sea como fuere.

César ¡Sin confesión!

Rod. No la quiere,  
es un hereje: un pagano.

César Padre, estáis ciego de ira.

Rod. Ira es lo que aparento,  
ira, César; pero miento,  
es terror lo que me inspira  
ese hombre de Satanás.  
Y yo, ¡imbécil! que le daba  
tormento porque no hablaba;  
no, no: que no hable jamás,  
que le lleven al cadalso  
con una mordaza puesta:  
que no hable con nadie: en esta  
hora cuanto diga es falso.

César Padre, sospecho, ¡ay de mí!  
que se os desvanece el juicio.

Rod. Es obra de un maleficio.

César ¿Os maleficiaron?

Rod. Sí.

César ¡Superstición!

Rod. Ya lo ves.

Gabriel me maleficio,  
y él ha de morir o yo.

Ya firmó el rey: muera, pues.

Cesar

¡Padre!

Rod.

¡César... hijo mío!

Cesar

¡Estáis delirando!

Rod.

¿Alguno

me escuchó acaso?

César

Ninguno.

Rod.

(De mí propio desconfío.)

César

Padre, algún mal os acosa;  
tembláis... estáis demudado.

Rod.

Algún vértigo: he velado  
tantas noches de Espinosa  
con el proceso maldito,  
me ha dado que hacer,  
que en mí no estoy hasta ver  
que de en medio me le quito.

Más no fué nada, pasó  
ya, César: veamos, pues,  
los despachos de la corte.

César

Tomad: aquí los tenéis.

Rod.

Esta es la consulta mía,  
ésta la aprobación es  
del consejo: ésta la carta  
de su majestad el rey,  
¿y este otro pliego sellado,  
de quién es?

Cesar

¡Yo no lo sé!  
me fué entregado en palacio  
con todos ellos.

Rod.

¿Por quién?

César

Por el rey mismo.

Rod.

A ver: ábrele.

César

Una real orden.

Rod.

Pues lee.

César

(*Leyenda.*)—«En nombre del rey.—Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibierais, y sobreseyendo en su causa, si hubiereis procedido a formarla contra ella, a doña Aurora Espinosa, detenida y a vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma a dicha doña Aurora

como fuere su voluntad.—Madrid, etcétera.—A don Rodrigo Santillana.»

Rod. ¿En libertad? No comprendo tal orden del rey.

César Y está bien terminante.

Rod. Y será cumplida. Sigue leyendo.

Cesar Otro pliego para mí.

Rod. Rompe la neta y aparta la cubierta. ¿Qué hay?

Cesar Aquí viene un papel y otra carta.

Rod. Lee.

Cesar Dice el papel así:

(Lee.)—«En nombre del rey.—Otorgamus licencia para dejar el servicio de S. M., temporal o absolutamente como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes don César de Santillana.»

Rod. ¿Y para qué?

Cesar ¿Qué sé yo?

Rod. ¿Tú no la has pedido?

Cesar No.

Rod. Sigue. (¿Qué es esto? ¡ay de mí!)

Cesar (Lee) «Y ordenamos al dicho capitán don César. por ser así del agrado de S. M., conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, a doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en Estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada como hija adoptiva de la República Serenísima.»

Rod. ¡Ira de Dios! Todo ahora lo comprendo.

Cesar ¿Qué es, señor, lo que comprendéis?

Rod. Tu amor,

César ¡desventurado! a esa Aurora.  
Es cierto: un amor profundo;  
mas no os traiga con cuidado,  
que es el más desesperado  
que hubo jamás en el mundo.

Rod. ¿Lo ves? ¡Ah! también a ti  
te han maleficiado; pero  
responde, César: yo quiero  
saberlo ya todo; di.  
Tú con ella en connivencia,  
huir con seguridad  
queriendo, su libertad  
conseguiste y tu licencia.

César No, a fe mía.

Rod. — Sí, arrastrado  
por sus sortilegios has  
trabajado en contra mía  
con temeridad impía  
y en favor suyo.

César Jamás.  
Que tuve siempre, confieso,  
simpatía misteriosa  
e interés por Espinosa,  
pero no obré en su proceso.  
Amé a Aurora; la amo aún;  
mas mi pasión despechada  
es imposible, y no hay nada  
entre los dos de común.  
Mientras viva la amaré;  
pero este amor solitario  
de mi pecho en el santuario  
sólo yo conservaré.

Rod. ¡Otro misterio!

César Tremendo  
sin duda, padre; mas puede  
conmigo, y mi brío cede  
a su poder.

Rod. No lo entiendo.

César Ni yo sé decir más de él  
sino que Aurora, señor,  
no nació para mi amor.

Rod. ¿Quién te ha dicho eso?



César

Gabriel.

Rod.

¡Infeliz! Es su manceba.

César

Quien tal os dijo, ha mentido,  
señor.

Rod.

Ella misma ha sido.

César

¿Ella?

Rod.

En la primera prueba  
del tormento.

César

¡Cielo santo!

¿La habéis puesto en el tormento?

Rod.

Es débil y habló al momento.

Cesar

¡Me paraliza de espanto!

¿Qué abismo es este de males  
que por doquier nos circunda?

¡Qué trama esta tan fecunda  
de misterios!

Rod.

Los fatales

hilos de esa negra trama

tan sólo puede romper

la muerte, y hoy ha de ser.

Que mueran él y su dama.

Cesar

¡Imposible! Mintió.

Rod.

¿Quién?

Cesar

Ella: no puede tampoco  
ser de Gabriel.

Rod.

¿Quieres loco

volverme?

Cesar

No; sé muy bien

lo que digo: esa mujer

es prenda de una venganza.

Sólo con esa esperanza

la conserva en su poder.

Rod.

¿Ella de venganza prenda

y en su poder? ¡Dios me asista!

De este arcano ante mi vista

se aclara la sima horrenda.

¡Holal!

*(Toca la campanilla y aparece un alguacil)*

En libertad a Aurora

poned al punto, y aquí

traedla. Escucha, ¡ay de mí!,

escucha, César, ahora

un horrible: ese hombre,

que no es nada y que lo es todo,  
de quien de saber no hay modo  
religión, patria ni nombre;  
ese hombre, a quien nada espanta,  
cuya altivez nadie doma  
penitente humilde en Roma,  
peregrino en Tierra Santa,  
soldado en Flandes, marqués  
en Madrid, corso en Venecia,  
que alma y vida menosprecia  
como al polvo de sus piés;  
a quien no rinde el tormento,  
y cuyo espíritu fuerte  
ve a un paso de sí la muerte  
y se sonríe contento,  
no es criatura, es fantasma;  
no es vivo, es aparición,  
quimera, ensueño, visión,  
más que de terror me pasma.  
Es un hombre de otra edad;  
un hombre que estando muerto  
halló su sepulcro abierto  
y huyó de la eternidad  
mis pasos para seguir;  
es la sombra de otro sér  
que sale a la tierra a ver  
nuestra sepultura abrir.

Cesar ¡Ay de mí! El continuo afán  
del proceso de Gabriel  
os hizo concebir de él  
esas quimeras que están  
trastornándoos la razón.

Rod. Dices bien... sí... no comprendas  
jamás las causas horrendas  
de mi ruin superstición.

### ESCENA VI

DON RODRIGO, DON CESAR y DOÑA AURORA

Aur.

¡Libre!... Jamás esperé  
que nos olvidara Dios:  
ni de haber fiado en vos  
(A don César.)

- jamás me arrepentiré,  
pues duda no queda en mí  
de a quien debo, capitán,  
la libertad que me dan  
de cuando os vuelvo a ver aquí.
- Rod. Despeja.—Escuchad, Aurora.
- Aur. ¿Por qué le mandáis salir?
- Rod. Porque nadie debe oír  
nuestras palabras ahora.
- Aur. ¡Dios mío! ¿Qué extraño afán  
os agita? ¿Es, por ventura,  
mi libertad impostura?  
¡Ah! No os vayáis, capitán;  
quiere volverme tal vez  
al tormento.
- Rod. Oid, os digo.  
Sois libre, y yo vuestro amigo.
- Aur. ¿Cabe entre el reo y el juez  
-15- amidad? ¿Entre el verdugo  
y la víctima? Jamás  
os conoceré por más  
que por juez.
- Rod. ¡A Dios no plugo  
que fuese de otra manera!  
Mas acaso desde ahora  
variéis de opinión, Aurora.  
(Vuelve a don César, que permanece en pie jun-  
to a la puerta.)  
¿Qué esperáis vos? Idos fuera.  
(Vase don César.)

## ESCENA VII

DON RODRIGO y DOÑA AURORA

- Rod. Nada receléis de mí,  
pobre niña: en libertad  
estais: vuestra voluntad  
no tendrá ya coto aquí.  
Serenaos, pues; oidme,  
Aurora. y por cuanto améis  
ruégoos que me contestéis  
la verdad.
- Aur. Pues bien: decidme

vos en conciencia primero:  
¿mi libertad se me dió  
con la de Gabriel? Si no  
es así, yo no la quiero.

Rod. Sólo depende de vos  
la libertad: si un secreto  
me aclaráis vos, os prometo  
la libertad de los dos.

Aur. ¿Es mío solo el secreto  
que me pedéis?

Rod. Sí; en verdad.

Aur. ¿Y vale la libertad  
de Gabriel?

Rod. Me comprometo  
á dársela.

Aur. Preguntad.

Rod. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al  
vivis? [lado]

Aur. Desde muy niña.

Rod. ¿Y qué memoria  
de vuestra infancia conserváis?

Aur. Apenas  
una vaga memoria me ha quedado  
de aquellas horas al pesar ajenas.

Rod. No espero yo que recordéis la historia  
de vuestra infancia, cuya edad se ol-  
vida

pronto, y muy fácilmente con las penas  
o los placeres de la inquieta vida;  
mas del lugar en donde habéis nacido  
donde pasásteis los primeros años,  
tendréis alguna idea.

Aur. Muy confusa:

tal, que puedo decir que la he perdido  
mezclándola después con mil extraños  
recuerdos posteriores.

¿De manera  
que imposible os será, pues lo rehusa  
vuestra memoria ya, la más ligera  
noticia dar de vuestra edad primera?

Aur. Tan imposible, no: quién en su mente  
a un recuerdo infantil no da guarida

¿Quién no recuerda en ocasión alguna  
el pobre hogar o la lujosa estancia,  
cuya techumbre guardó en su infancia  
el dulce sueño que gozó en la cuna?  
¿Vos recordáis ese lugar?

Rod.  
Aur.

Sin duda:

mas no por la virtud de mi memoria  
sola, tan fiel en esa edad no cabe  
tenerla: sé de mi infantil historia  
lo que fui recordando con ayuda  
de la voz de Gabriel, que es quien lo  
¿Gabriel lo sabe? [sabe.

Rod.  
Aur.

Sí.

Rod.  
Aur.

¿Y os lo ha contado?

Rod.

Incompleta.

(También la habrá engañado.)

Mas yo quiero saber solo la idea  
que hayáis vos en la mente conservado  
Tengo, aunque muy confuso, algún  
¿De qué? [recuerdo.

Aur.

Rod.

Aur.

Rod.

De mil objetos.

Aunque sea

en confusión, decídmelo.

Aur.

Me acuerdo

de una ribera donde yo cogía  
yerbezuelas y conchas del rugiente  
mar, que sus ondas sin cesar mecía,  
de un monasterio triste y solitario  
fundado al pie de un monte y vaga-  
[mente.

me acuerdo de la iglesia, con su coro  
enverjado, sus techos con pinturas,  
su altar lleno de flores, su sagrario  
iluminado con mecheros de oro;  
y me acuerdo también porque me  
[daban

miedo de las inmóviles figuras  
de mármol que tendidas reposaban  
encima de sus anchas sepulturas.

Rod.

Aur.

¿Qué monasterio era ese?

Era un convento

de monjas.



Rod.

¿Qué país?

Aur.

No lo he sabido nunca.

Rod.

¿Jamás Gabriel os ha contado lo que hacíais allí? ¿Quién conducido os había ha aquel claustro?

Aur.

No ha querido decírmelo jamás, sé que aposento tenía allí mi madre, y que he pasado los tres primeros años de mi vida allí.

Rod.

¿Con ella?

Aur.

Sí.

Rod.

¿De vuestra madre, os ha hablado Gabriel?

Aur.

Mil y mil veces.

Rod.

¿La recuerda a menudo?

Aur.

No la olvida jamás, y sé que en sus nocturnas [preces la reza como a mártir.

Rod.

¿Sabéis de ella la historia, el nombre, la familia?

Aur.

Nada.

Sé que fué un día festejada y bella, y luego escarnecida y ultrajada. Sé que el relato de su triste historia es una horrible e infernal leyenda, que conserva Gabriel en su memoria, de expiación y de venganza prenda, ¿Y qué es lo que sabéis de este relato vos?

Aur.

Yo, nada tal vez, y acaso todo; porque sus hechos sé, mas nunca supe ni las personas, ni el lugar, ni el modo. Pero en fin, ¿qué sabéis de vuestra

Rod.

Aur.

[madre?

Sé que era noble dama: que vivía en la corte de un rey a quien la unía una amistad profunda y verdadera: que era para aquel rey casi una her-  
[mana,

pues juntos cuando niños se criaron,  
y fraternal amor constantemente  
uno a otro los dos se conservaron.  
Sé que era cuanto rica generosa;  
y que el encanto de las gentes era  
por su virtud y ciencia prodigiosa:  
que el vulgo la quería,  
la corte la admiraba  
y con ella secretos no tenía  
el rey, que como hermana le trataba.  
¿Mas ese rey?...

Rod.

Aur.

Rod.

Aur.

Murió.

¿Cómo?

En la guerra:  
y concluyó con él su dinastía,  
y otro rey vino a gobernar su tierra,  
y a otras manos pasó su monarquía.  
¿Y vuestra madre entonces?...

Rod.

Aur.

Fué mirada  
como enemiga del monarca nuevo,  
y al fin de algunos meses acusada  
de traición: por diabólica su ciencia  
tomaron, y la dieron por culpada,  
diciendo que hizo creer que el rey vivía  
no sé a quien, a favor de un sortilegio,  
mostrando a sus conjuros evocada  
la aparición de su fantasma regio.

Rod.

Aur.

¿Y después?

¡Oh! Después... eso es lo horrible  
de la historia, señor. Se apoderaron  
de ella, de su palacio, de su hacienda,  
los vendieron, sus armas infamaron,  
y ocupó un extranjero su vivienda,  
y su nombre y su raza se olvidaron:

Rod.

Aur.

¿Y ella?

Como las hojas del otoño  
desapareció de encima de la tierra  
y en ella más los hombres no pensaron  
sólo pensando en libertad y guerra.  
¿Pero vos?

Rod.

Aur.

No lo sé... sé que mi madre  
pobre, triste, ofendida y no vengada,

en aquel solitario monasterio  
tejía su existencia desdichada,  
y yo existía ya, bajo el misterio  
de aquellas santas bóvedas velada.  
¿Y luego?

Rod.

Aur.

Rod.

No sé más.

¿Gabriel no os dijo

nada de vuestro padre?

Aur.

Le tenía

siempre por padre a él, y él me quería  
más que el padre mejor quiere a su hijo.

Rod.

Aur.

¿Pero cómo supisteis...

En su sueño

sorprendí su secreto: y como me era  
necesario su amor de una manera  
u otra, el amor filial hallé pequeño,  
y del amor de la mujer y el niño  
formé para Gabriel solo un cariño.

Rod.

¿Pero al saber que vuestro padre no  
no preguntásteis vos?

[era,

Aur.

Rod.

Aur.

Quién era el mío.

¿Y qué dijo Gabriel?

Que él lo sabía:

mas que de él a acordarme no volviera,  
porque mi amor filial no merecía.

Rod.

Aur.

Siempre merece un padre...

No lo ha sido

jamás el mío para mí.

Rod.

Aur.

¡Aurora!

¿Creéis que una razón no fué bastante  
para echar su memoria en el olvido?

¡Insistí, porfié, lloré y ahora

sé que nunca mi amor ha merecido!

Sé que me me hechó a la vida despo-

[jada

de su nombre, y sin pan y sin abrigo:

sé que dejó a mi madre deshonrada

en medio de la tierra abandonada

para llorar y perecer conmigo.

Rod:

Aur.

¿Y creéis a Gabriel?

¿Que si le creo?

Es la verdad del cielo descendida;

su palabra es mi fe, y en esta vida  
por su fe juzgo, por sus ojos veo.  
Rod. Nunca os dijo Gabriel nada en abono  
de vuestro padre?

Aur. Nada y si lo hubiera,  
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

Rod. ¿Es decir?...

Aur. Que es mi padre y le perdono  
como amor exigir de mí no quisiera.  
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,  
de Dios le aguarda ante el excelso  
[trono;  
yo, a quien solo dió el ser, nada le  
[pido;  
pero como él nos olvidó le olvido,  
como él me abandonó yo le abandono,  
Rod. ¿Vive, pues?

Aur. No lo sé.

Rod. ¿Mas si viviera?

Aur. Como él no me buscó, no le buscara.

Rod. ¿Y si una vez en la vital carrera  
con él os encontraráis?

Aur. Le mirara  
sin ira, mas la espalda le volviera.

Rod. ¿Y si al veros partir él os llamara?

Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y si llorando el misero os siguiera?

Aur. Apresurara, sin volverme, el paso.

Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera  
de los vestidos él?

Aur. Los rasgaría  
dejándole en la mano los pedazos.

Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

Aur. Su abrazo paternal rechazaría.

Rod. ¿Por qué?

Aur. Porque mi padre todavía  
no ha ido a orar sobre la tumba obs-  
[cura  
de mi madre, y Gabriel me dijo un día  
que al querer abrazarnos se abriría  
entre mi padre y yo su sepultura.

Rod. ¡Fatal superstición!

Aur.

Rod.

Tal es la mía.

Tal es la ira de Dios. Es un misterio impenetrable. Satanás me ciega sin duda. y nunca a comprenderle llega mi corazón ansioso.

Aur.

He respondido a cuanto preguntarme habéis querido. Señor, a vos os toca.

Rod.

¡Sí, a fe mía! vais a ver a Gabriel. (Oh, si, yo quiero apurar este cáliz de agonía.)  
(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice.)

Aur.

Libres al fin... para Gabriel ahora libre será mi corazón entero.

### ESCENA VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO y GABRIEL

Rod.

Espinosa. (A Gabriel.)

Gab.

Héme aquí.

Aur.

(Viendo a Gabriel.)

¡Gabriel!

Gab.

(Abrazándola.)

¡Aurora!

¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

Aur.

La libertad, Gabriel, libres estamos. y cual juntos aquí nos han traído, juntos espero que de aquí partamos.

Gab.

¡Santillana!

(Pidiendo explicación de estas palabras de doña Aurora.)

Rod.

Leed. (Dándole la orden de libertad.)

Aur.

¿Ves?

Gab.

(Lo comprendo todo. La agitación de D. Rodrigo, de mi Aurora infeliz la fe tranquila... ¡He aquí el instante para mi trimendo! La hora del martirio y del castigo ¡Señor, Señor... mi espíritu vacila: sostenedme hasta al fin... ¡Sed vos [conmigo!]

Aur.

¿Qué te agita, Gabriel?... tu faz som-  
[bría,  
tu palidez...



- Gab. Un poco conmovido  
estoy; y es natural, Aurora mía.  
y también vos estáis descolorido,  
Santillana.,
- Rod. Espinosa, concluyamos.  
Yo os llamé...
- Gab. No os canséis: el por qué no entiendo.  
A solas con Aurora habéis hablado?
- Rod. La historia de su madre me ha contado.
- Gab. Sólo para que a vos os lo contara  
se la he contado yo.
- Rod. Toda prenda  
saberla, pues.
- Gab. ¡Curiosidad avara!
- Rod. Pero vos me satisfaceréis.
- Gab. Sin duda;  
mas puedeos ser satisfacción muy cara:  
porque os advierto, juez, que he ob-  
servado  
que mis satisfacciones y respuestas,  
por más que yo riendo os las he dado,  
han sido siempre para uos funestas.
- Rod. Hablad... hablad.
- Gab. ¡Si os empeñáis en eso!  
Mas después de tres meses de proceso  
no sé cómo no estáis escarmentado  
de interrogarme ya.
- Rod. ¡Siempre lo mismo!
- Gab. Acabemos, Gabriel.
- Gab. Sí, concluyamos:  
hora es de penetrar en este abismo.
- Rod. Descender quiero a él.
- Gab. Y os prometo  
que lo haréis: el momento es oportuno.
- Rod. Decid, pues.
- Gab. Esperad, que este secreto  
os pertenece a tres y falta uno.  
Llamad al capitán, que con vos debe  
penetrarle también.
- Rod. *(Llama y sale un alguacil.)*
- Aur. ¡Hola, don César!
- Aur. ¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu sem

- [blante,  
en tus palabras y ademanes noto  
siniestra agitación.
- Gab.** Aurora mía.  
tu corazón amante  
por mí no tenga la inquietud más leve;  
a mis pesares Dios hoy pondrá coto,  
y ambos tendremos libertad en breve.  
¿Tú no te olvidarás desde este día  
de tu Gabriel?
- Aur.** Jamás. ¿Eso preguntas?  
Juntas caminarán nuestras dos vidas,  
nuestras almas a Dios subirán juntas.
- Gab.** Sí, ni la muerte las podrá un instante  
mantener una de otras divididas.
- Aur.** ¡Dios! A qué mientas la muerte ahora?
- Rod.** Ya está aquí el capitán
- Gab.** Silencio, Aurora.

### ESCENA IX

*DOÑA AURORA, D. RODRIGO, GABRIEL y D. CESAR*

- Gab.** ¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.  
Voymuy pronto a emprender un largo  
[viaje  
y un encago dejaros he querido..
- Cesar** ¡Un viaje!
- Gab.** Sí, estoy libre; me parece  
que el portador de la orden habéis sido.  
(¡Ay de mí! La infeliz aún nada sabe.)
- Cesar** Decidme, capitán ¿me habéis traído  
un pliego de Madrid?
- Gab.** Tomadle.
- Cesar** Bueno;  
guardadle por ahora. En esa carta  
de un gran misterio encontraréis la  
[llave.
- (A don Rodrigo.)  
Vos sois algo curioso, y no me fio  
de vos: sois padre y juez; os la confío,  
capitán, sólo a vos. Cuando yo parta,  
dádsela a vuestro padre y que la lea.

¿Me entendéis? Cuando parta: que no  
[sea  
ni un solo minuto antes.

César  
Gab.

Os lo juro.  
Vuestra palabra sola es buen seguro.  
Además, por si acaso no volvemos  
a vernos, pues yo parto con Aurora  
del mundo terrenal a otros extremos,  
quiero un regalo haceros, en memoria  
de nuestro buen encuentro en esta vida  
que os será complemento de la historia  
y prenda de amistad y despedida.

(Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al  
cuello con una cadena)

Rod.  
Aur.

(Esa calma satánica me aterra.)  
(Tiemblo no sé por qué.)

Gab.  
Cesar

(No es ser humano  
quien así se despide de la tierra.)  
Tomad. Ea, capitán, un amuleto  
sagrado: don del Papa: un relicario  
que un *lignum crucis* venerando en  
[cierra  
y guarda como el pliego otro secreto.  
Con el respeto mismo que a un sagra  
[rio

contempladle, y lo mismo que la carta  
se la daréis al juez... cuando yo parta.

(A don Rodrigo)

Abridle sólo vos: es mi conciencia,  
y Dios sólo con vos sondarla debe:  
en ella echad una ojeada breve  
y reconoceréis la omnipotenci.

¡Mas si un soplo hay en vos de fe  
[cristiana,  
esperad a que muera Santillana.)

¡Ea! Ya que se acerca mi partida,  
escuchar, señor juez, el cuento extraño  
que queríais saber, y por mi vida  
que oiréis una historia divertida.

Rod.  
Gab.

(Yo tiemblo.)  
Oídme, pues. La escena pasa  
no importa el día, la estación ni el año

de noche, en Setubal, y en una casa.  
Rod. (¡Cielos!)  
Gab. Temblando estáis si no me engaño.  
Santillana.

Rod. Seguid.

Gab. En hora buena.

En una alcoba cómoda, alumbrada  
por una lamparilla perfumada  
con asiático aroma, bien ajeña  
el alma de inquietud y bien guardado  
por leales domésticos, el dueño  
de aquella rica estancia, descuidado  
yacía en brazos de agradable sueño.  
Era un hombre harto noble y poderoso  
para que no tuviera por asilo  
muy seguro su casa y al reposo  
se entregaba en su cámara tranquilo.  
Una noche creyó, sobresaltado  
a pesar de la doble alfombra,  
pasos del lecho percibir al lado;  
abrió los ojos y miró espantado  
volvió la faz y con la faz de seda  
se tropezó de un hombre enmascarado  
¡Frío quedó como el cadáver queda!  
«Levantaos», le dijo con acento  
imperioso el incógnito; y vistióse  
la bata que él le daba. «A ese aposenio  
salid.» Obedeció y enfrente hallóse  
de dos hombres plantados a la puerta,  
una dama como ellos encubierta  
y un sacerdote pálido, y tenaces  
sintió pesar sobre su frente yerta  
las miradas ardientes y voraces  
lanzadas a su frente descubierta  
a través de los negros antifaces.  
Entonces de estos hombres el primero  
de la sombría dama el velo alzando,  
«la conocéis», le dijo, y él temblando  
«sí», respondió. «Pbes bien, sed caba-  
llero»,  
repuso el disfrazado; y avanzando,  
el grave sacerdote se dispuso

a unirle con la dama en matrimonio, mientras el de la máscara se puso a escribir en silencio el testimonio.

El despertado resistirse quiso; pero su daga el disfrazado al pecho le presentó y ceder le fué preciso; firmó y el matrimonio quedó hecho. Partió la dama y los demás con ella; mas quedóse el primer enmascarado, y dijo gravemente al despertado:

«Tenéis una mujer ilustre y bella, gracias a mí y a vuestra buena estre-

[lla, que os hizo viudo para ser casado; la quitasteis la honra y habéis dado nombrea sus hijos: mas seguid la hue-

[lla y morís, ¡os lo juro, asesinado.»

Dijo así el de la máscara, y partióse con los demás; y de la casa el dueño enmedio de la cámara quedóse dudando si era realidad o sueño.

Rod. Tremenda realidad.

Gab. (*Apartándole a un lado*) (Sí, don Rodrigo, la dama doña Inés, vos, el casado.)

Rod. ¡Y vos, señor!

Gab. El hombre enmascarado.

## ESCENA X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO DON CESAREL. el DOCTOR N. y ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, soldados, después el verdugo

Alg. Las seis.

Gab. Pártamos, pues.

Aur. ¡Virgen María!

Gabriel, ¿qué es esto

Gab. Mi destino, Aurora.

Aur. ¡Tu destino!... ¡Mi mente se extravía!

(*Anunciando. Se presenta el Verdugo con el dogal en la mano.*)



Aur. ¡Dios mío! ¡Ahora lo comprendo!... ¡Ay de mí!...  
(Se desmaya en los brazos de don César, que la coloca en el sillón.)

César ¡Miseria!  
Gab. El día.

concluye: vamos, pues me faltaría valor para dejarla si volviera en sí. Pronto, marchemos.

Doctor (A Gabriel, poniéndose a su lado.)

Vos, conmigo

Gab. Es inútil.

Doctor Mirad.

Gab. Todo es en vano.

Doctor ¿Sin confesión iréis?

Gab. Ha que os lo digo cuatro semanas ya.

Doctor ¿No sois cristiano?

Gab. Porquelo soy, si a confesarme accedo os tendré que decir lo que no puedo. Velad por ella, capitán: se encierra en ella sola cuanto amé en la tierra.

Rod.

Gab. Señor...  
No os fatiguéis: empresa es vana Llegó, rey o impostor mi último día y moriré cual debo, Santillana. Si impostor, con impávida osadía, y si rey, con fiereza soberana.

## ESCENA ULTIMA

DON RODRIGO, DOÑA AURORA y DON CESAR

Rod. A concebir mi mente no se atreve de la verdad el espantoso arcano. Por ser y por no ser perecer debe, sí; pero no mi desdichada mano a ciegas al patíbulo le lleve. César, dame esa joya.

Cesar Cuando muera.

Rod. Sepamos antes la verdad entera, César.

César                    Padre, excusad vana porfía:  
con su secreto parecer quería  
y he de cumplir su voluntad postrera.

Rod.                    ¡César!

César                    Se lo juré.

Aur.                    (*Volviendo en sí.*) ¡Ay! ¿Quién hablaba  
aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Que te-  
[rrible!

pesadilla!

César                    (*A parte*) ¡Infeliz!

Aur.                    ¡Sí, yo soñaba  
sin duda... eran quimeras!... Mas ¡qué  
[horrible

sospecha! Ese silencio... esa tristeza...  
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pesa-  
[mientos

no acierto a combinar en mi cabeza.  
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momen-  
[tos

hace. ¿Y Gabriel? decid: ¿dónde está  
[ahora?

¿Dónde está? Yo he soñado que venían  
por él, Mas, ¡qué rumor!...

(*Ruido de voces dentro; doña Aurora se avalan-  
za a la ventana, que abre, a pesar de don César,  
que intenta impedirselo.*)

Cesar

Tened, Aurora;  
tened, no os asoméis.

¡Ah! Me querían  
engañar. (*Se asoma.*)

Allí va.—Luces, soldados,  
gente... ¡ay! yo veo, pero no concibo  
lo que veo... me envuelve el pensa-  
[miento

una niebla, un vapor calenturiento,  
y no sé comprender lo que percibo.

Allí va.—¿Pero dónde se lo llevan  
sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!  
¿Qué palos son aquellos que se ele-  
[van

allí? ¿Quién es aquel que con él sube?  
¿Qué le ponen al cuello ... Es una soga.  
Dios mío! rasga la sangrienta nube

que me ofusca la mente... un sacerdote  
¡Ah! le van a matar... ¡Desventurados,  
deteneos!... ¡Gabriel!... ¡Y yo insensata  
que lo miraba estúpida! Malvados;  
tened. Las manos sin oirme le ata,  
(*Volviéndose de repente a D. Rodrigo.*)

pero vos, ¡Miserable! que sois hombre,  
venid... gritad... gritad... alma cobarde,  
conmigo... ¡Deteneos!—Santillana,  
gritad, a mí no me oyen, ¡en el nombre  
de Dios! gritad... le quitan la escalera...  
gritad.

Rod. Sí, que se salve aunque yo muera.  
(Se acerca a la ventana y grita.)

¡En el nombre del rey!... ¡Ay, es ya tarde!

**Cesar** (Cayendo de rodillas junto a la ventana.)  
(Tomad: sepamos la verdad postrera!

(Dando el relicario a don Rodrigo. Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto. el pliego varios papeles. Lo primero que lee don Rodrigo es el papel del relicario; después registra con ansia los papeles del pliego, y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. Doña Anrora permanece unos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman don Rodrigo y don César.

Rod. (Leyendo.)  
«En nombre de Dios.—Quien quier  
[que fueres

juez, sacerdote o asesino, pena de excomunión después que le leyeres, arroja al fuego este papel. El muerto ha sido el rey don Sebastián

**Aur.** ¡A buena hora lo ves, imbécil asesino!

Rod. Mi firma.-Una escritura... mi contrato  
(Registrando el pliego.)  
de boda... y esta doña Inés Aldino.

(Desenvuelve el retrato.)

**Aur.** ¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

(Quitándose.)

Rod. ¡Hija mía! *Tendiéndola los brazos.*)

Aur.

(Rechazándole)

¿Tu hija?... Eso tan solo me faltaba.—¡Hija tuya!—Alucinarme quieres con ese nombre; mas el dolo miserable comprendo: no lo intentes. Tú no has podido la existencia darme: mientes, viejo feroz; dime que mientes. Tú para que su muerte te perdone me llamas hija tuya; mas te engañas: nada hay en mí que tu maldad abone; para ti sólo hay odio en mis entrañas.

Rod.

¡Hija mía! (Derodillas.)

Aur.

¡Otra vez!—No me lo digas; no me lo expliques: comprender no [quiero que el sér infame que en tu seno abri-  
[gas

me pudo dar el ser: muerta primero.

Rod.

¡Calla, hija mía! (Asiéndola del vestido.)

Aur.

Suelta, no me sigas.

Rod.

¡Huyes de mí!

Aur.

Por siempre.

Rod.

¿Me abandonas?

Aur.

Como a mi madre tú.

Rod.

¿Nada en mi abono te dice el corazón?—Que me perdonas dime.

Aur.

Mi madre contra ti, ante el trono de Dios, venganza pide.

Rod.

¡Horrendo encono!

Aur.

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extra-  
[ñas del infernal rencor que arde en mis  
[venas?

La que tiene tu sangre en sus entra-  
[ñas,

sólo puede tener sangre de hienas  
Suéltame, pues, de tu sangrientamano.  
Mi padre era Gabriel, y su asesino  
y el de mi madre, tú.

Rod.

Pero el destino

te une hoy a mí.

Aur.

(Despiéndose de él.)

Lo intentarás en vano;  
muerta mejor que a tu existencia uni-  
(da:

Reniego, huyo de ti; mi ser olvida  
y el nombre de hija que tan mal em-  
pleas

y, ¡ojalá que infeliz como ellos seas,  
y, ojalá en mi lugar, fiero homicida,  
de mi madre y Gabriel, junto a ti veas  
la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se  
va por la puerta del fondo. Don César la sigue  
tristemente. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA







p. 70

p. 51



Precio: 3 ptas.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00054540889